



Catedral de México y capilla del Sagrario. Este extraordinario templo, construido en diversas épocas, se terminó en el siglo XIX por obra del arquitecto-escultor Manuel Tolsá, quien tuvo la virtud de unificar y concertar, dentro del más riguroso neoclasicismo, las diferentes partes del edificio. A su lado, el Sagrario Metropolitano quizá sea la obra más conseguida y delicada del barroco mexicano.

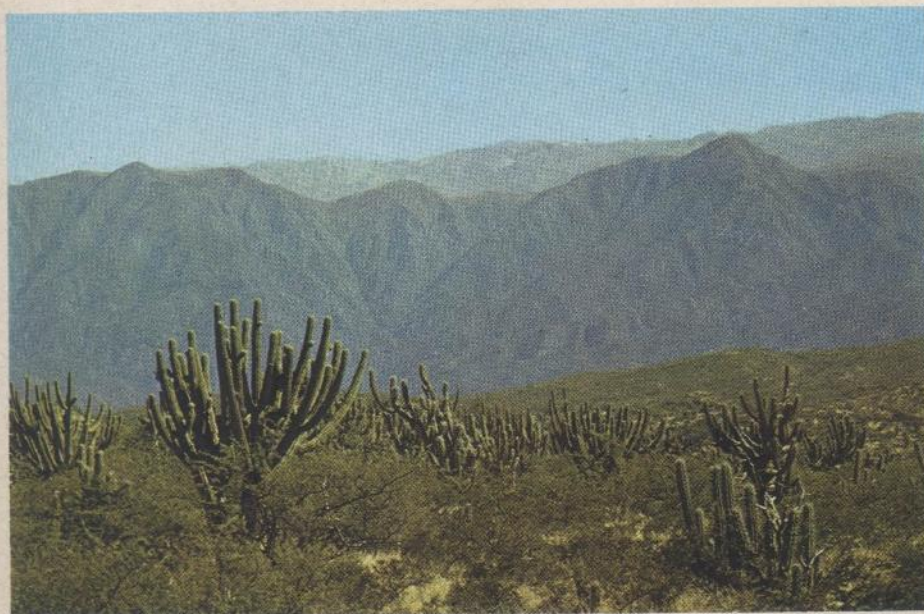
El Imperio español en América

por JOSE FLORIT

Por lo que se refiere a la evolución histórico-política, el establecimiento del Imperio español en América se desarrolló a lo largo de tres períodos claramente diferenciados. El primero, que abarca los años entre 1493 a 1518, dominados por la fiebre de los descubrimientos, se caracteriza por una serie de intentos, fracasados en su mayoría, que constituyen los precedentes de la auténtica colonización. Precedentes fructíferos, a pesar de los escasos resultados prácticos, ya que durante ellos se llevó a término la adaptación de los españoles a las nuevas realidades que el medio ambiente americano imponía. "Se aclimataron a la vida en las regiones tropicales; se familiarizaron con la geografía y

peculiaridades del Nuevo Mundo; crearon modestas pero sólidas bases de partida para ulteriores empresas expansivas; y, sobre todo, adquirieron una sólida experiencia, inédita hasta entonces en la historia de España: el contacto dominador con pueblos de nivel cultural tan alejado y distinto al suyo que hacía inaplicables los sistemas empleados durante siglos de reconquista y expansión por el Mediterráneo, basados principalmente en aceptar costumbres y culturas de otros pueblos con un mínimo de cambios" (G. Céspedes).

La segunda etapa del proceso colonial español abarca los años 1519-1573. Durante ella se llevan a cabo las grandes conquistas



La primera época del establecimiento de los españoles en América se caracterizó por sus reducidos resultados prácticos, si bien durante ella se produjo la adaptación a la ingente geografía americana, con sus altísimas montañas, sus enormes ríos y sus inmensas regiones climáticas. Sierra de Ambato, en la provincia argentina de Catamarca.

El palacio de Colón en Santo Domingo (República Dominicana). Casi contemporáneamente a la conquista se dio en América la etapa de colonización. Así, por ejemplo, Cortés en Cuernavaca y los descendientes de Colón en Santo Domingo se hicieron construir amplios palacios desde los que dirigían sus posesiones e iniciaban los nuevos cultivos.

(México, Perú) y en poquísimos tiempo los conquistadores se mudan en colonos. Hasta mediados de siglo coexisten, estrechamente unidas, incluso en las mismas personas, colonización y conquista. Esta doble actividad desembocó en la fundación de las Indias españolas, nacidas de la destrucción casi total de las formas de vida indígenas, de la desaparición de las culturas precolombinas.

El resultado fue una sociedad en muchos aspectos distinta de la europea, con caracte-

rísticas económicas, sociales y religiosas que le eran propias. Estas diferencias cristalizaron en una serie de aspiraciones e instituciones prácticas que muchas veces estaban en abierta oposición con las directrices políticas de la monarquía española. La pugna entre los colonos-conquistadores y el poder central, representado en América por los funcionarios reales, se resolverá al final en un cierto equilibrio. La integración de las tierras americanas en la complicada mecánica del Imperio de los Austrias se conseguirá a costa de una serie de renunciaciones mutuas, en la que la corona llevó la mejor parte. En los últimos veinte años del periodo que estamos considerando, el personaje más representativo de la América colonial es precisamente el funcionario del rey, que ha sustituido al conquistador de los primeros tiempos y pugna, con éxito, por imponerse a los encomenderos.



En el aspecto político, el período de 1519 a 1573 tiene, como capítulos más importantes, la estructuración definitiva del Consejo de Indias y la consolidación de los dos virreynatos básicos, el del Perú y el de Nueva España.

Jurídicamente destaca la labor de Juan de Ovando, codificador del Derecho indiano. En conexión con éste se desarrolla un esfuerzo para paliar la regresión de la sociedad autóctona: establecimiento de reducciones, fijación de la *mita*, desarrollo de las misiones.

Por último, la economía de este período se caracteriza por el auge del comercio con la metrópoli, acompañado de una regresión en el desarrollo económico de los virreynatos.

La centuria siguiente constituye el tercer período colonial y se extiende desde el año 1574 al 1699. Aparentemente, la característica más acusada de este período es la estabilidad. Las instituciones establecidas desde el período anterior funcionan mecánicamente y, salvo en unos pocos incidentes originados por factores extraños, la política se reduce a conservar y completar un Imperio cuya estructura básica estaba fijada desde mediados del reinado de Felipe II.

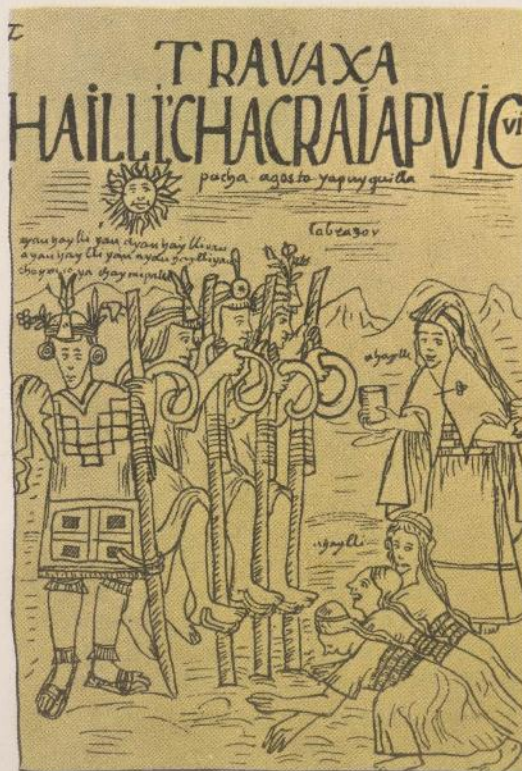
Sin embargo, a un nivel inferior, pero más real, que el de las instituciones se producen una serie de cambios que, bajo la estructura oficial inmóvil, modifican la estructura social de los virreynatos. La causa de estos cambios hay que buscarla en los apuros económicos de la monarquía española. La monarquía, que no puede atender directamente a la defensa de todo el Imperio, cede regalías en favor de los prohombres locales que pueden hacerse cargo de esta defensa. Defensa que a veces no fue muy brillante, como en el caso de los holandeses instalados primero en Tierra Firme, en pos de las minas de sal, y después al norte del Brasil.

En la búsqueda de recursos, la monarquía pasó del ahorro a la adquisición de fondos mediante la venta de títulos nobiliarios e incluso de cargos públicos. "El sistema de venta de oficios públicos tiene especial significación. Iniciado por Felipe II en circunstancias económicas desesperadas, adquiere importancia y extensión bajo sus sucesores; sólo los puestos políticos y judiciales de mayor relieve llegaron a quedar exceptuados en Indias de tal sistema. Así aumenta el número de funcionarios reales, que proliferan sobre todo en la administración provincial y local; pero al mismo tiempo la corona pierde —en vez de ganar— control sobre la burocracia; ésta es ya en buena parte un negocio, una propiedad patrimonial, una fuente de ingresos, un reducto de privilegios. La administración pública se hace así ineficaz, va quedando anticuada y ofrece síntomas gra-



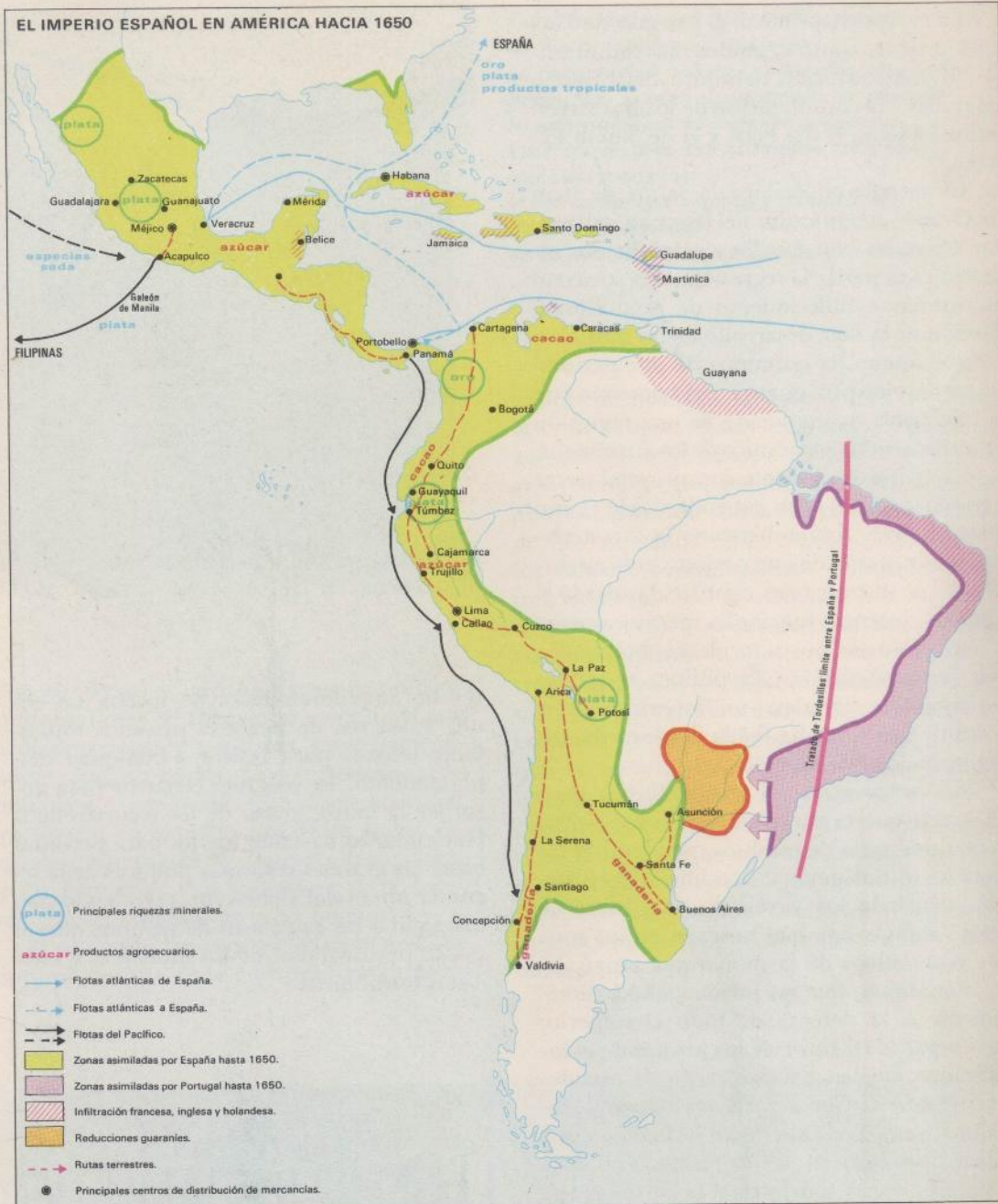
Galeones empleados en el siglo XVI para efectuar la travesía del Atlántico (detalle de un mapa del "Theatrum orbis terrarum" de A. Ortelius; Biblioteca Central, Barcelona).

ves de anquilosamiento. Se inserta en ella una vasta red de intereses privados lo bastante tenaces para resistir a cualquier desplazamiento, lo bastante efectivos para absorber la mayor parte de los recursos de la Hacienda, lo bastante fuertes para perdurar hasta las grandes reformas políticas de la segunda mitad del siglo XVIII, resistiendo medio siglo a las exigencias de tiempos nuevos y a la personalidad de los monarcas y estadistas borbónicos.



La siembra, según un antiguo sistema inca (ilustración de "Nueva crónica y buen gobierno" de Felipe Huamán Poma de Ayala; Biblioteca Nacional, Madrid). La llegada de los españoles anuló las formas de vida indígenas y fueron sustituidas por las europeas.

EL IMPERIO ESPAÑOL EN AMÉRICA HACIA 1650



Caña de azúcar cultivada en el estado de Paraná (Brasil). Oriunda de la India y llevada a Europa por los árabes, donde se aclimató en las zonas calurosas (Andalucía, Sicilia), fue introducida por los españoles en América y se adaptó a las zonas tropicales.



"La posibilidad de comprar cargos, privilegios y nobleza eleva más que nunca el poder del dinero como vehículo de ascensión social. Ello hace perder fe en una jerarquía social estable y siembra no pocos gérmenes disolventes; más numerosos que antes los blasones, pierden, sin embargo, terreno ante los doblones" (G. Céspedes).

El impacto de la crisis económica española del XVII causa también en las Indias modificaciones de otra índole. El progresivo enrarecimiento del comercio con la metrópoli y la prohibición del comercio intercolonial va minando la uniformidad de las diversas zonas del Imperio. De acuerdo con las características geográficas aparecen una serie de comunidades prenacionales lo suficiente-

mente diferenciadas como para resistir al centralismo borbónico del siglo XVIII.

Las consecuencias del cambio de dinastía y del nuevo orden internacional derivado del tratado de Utrecht fueron fundamentales para las posesiones españolas de América. Las teorías políticas de los Borbones modificaron radicalmente —aunque la resistencia de los criollos a aceptar el nuevo orden retrasara su puesta en práctica hasta el reinado de Carlos III— las relaciones entre las colonias y la metrópoli.

Precisamente es a partir de estas fechas cuando puede aplicarse con propiedad jurídico-política el término *colonia* para definir el carácter de las Indias. Según la mentalidad borbónica y los principios del pacto colonial,

el rey de España, soberano absoluto, es el señor, por derecho natural, del Imperio americano, en el que habitan unos españoles de segunda categoría —con relación a los de la península—, que a su vez dominan a las capas de población compuestas por gentes más o menos coloreadas.

Los intereses de la metrópoli tienen una prioridad absoluta y el papel de las colonias consiste en la explotación que de ellas pueda ejercer el núcleo central de la monarquía. Los medios que se aplican para obtener los rendimientos económicos más inmediatos no sólo crean descontento entre los hispanoamericanos, sino que a la larga tienden a arruinar las fuentes de riqueza.

“Los criollos, los blancos nacidos en América de colonos españoles, se creen sacrificados por España, tanto más cuanto que casi todos los altos cargos públicos están reservados a los españoles nacidos en España, salvo raras excepciones, y además incluso se les escapa el control de los asuntos locales. Pero también los criollos poseen este espíritu de casta que reprochan a la metrópoli. Desprecian a los mestizos, muy numerosos, y procuran mantenerlos al margen. Estos, a su vez, desprecian a los mulatos, quienes por su sangre en parte blanca se creen muy por encima de los indios” (Roland Mousnier). La pirámide social no está aún completa; faltan los dos últimos peldaños, los negros y los zambos, los mestizos de sangre india y africana.

Como resultado de esta situación se desarrolla a lo largo del siglo XVIII una corriente soterrada de doble revuelta: contra la supremacía de la metrópoli, entre las clases elevadas, y de carácter marcadamente social, contra los privilegiados, entre los menos favorecidos de la escala de castas que divide a los americanos. Las reformas de Carlos III modificaron un tanto esta situación. Además de una activa política exterior que consiguió defender y aun ampliar los límites del Imperio, las modificaciones administrativas, la aplicación del régimen de intendentes y la agilización económica —aun dentro del sistema colonialista— provocaron un desarrollo prodigioso de los territorios americanos. En esta época se formaron las grandes fortunas criollas y se aceleró el crecimiento de las ciudades. Se produjo cierta liberalización cultural, se autorizó el establecimiento de la imprenta, se abrieron nuevas universidades y aparecieron los primeros periódicos.

No obstante, las dos cuestiones fundamentales, las ansias independentistas de los criollos, cada vez más poderosos en el terreno económico, y la revuelta social, latente entre las clases bajas, a las que el desarrollo económico de los últimos años en poco o

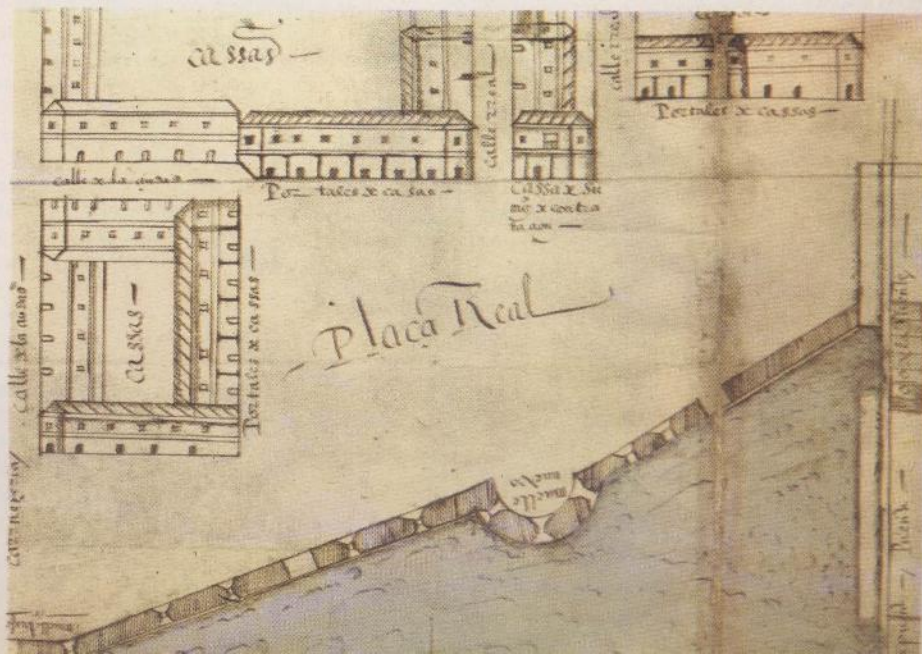


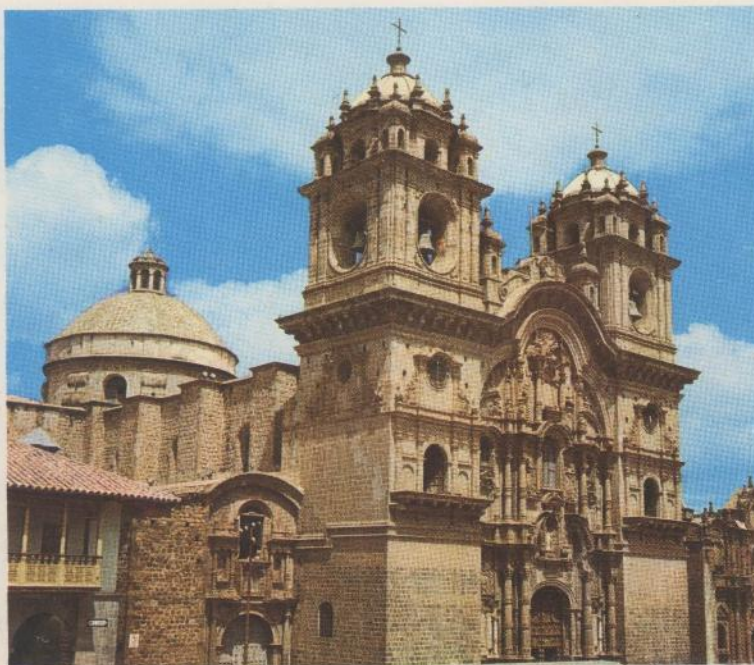
Cabaña de los indios macá (Paraguay). Muy pronto, las habitaciones propias de los indios americanos serían sustituidas por edificaciones al estilo europeo.

nada había beneficiado, quedaban planteadas. El desequilibrio entre dominadores y dominados era muy grande. Por una parte, entre 16 y 18 millones de americanos se enfrentaban a unos 12 millones de españoles. Por otra, en América, 3 millones de blancos frente a una mayoría que los cuadruplicaba.

Las dificultades que representaba mantener un Imperio semejante fueron claramente previstas por algunos gobernantes españoles. En 1783, el conde de Aranda propuso a Carlos III dividir la mayor parte de los territorios americanos en tres reinos, México, Perú y Tierra Firme, que deberían ser entre-

Plano de la Plaza de la Aduana de Cartagena de Indias (Colombia), en 1572 (Archivo General de Indias, Sevilla).





Iglesia de los jesuitas en el Cuzco (Perú). La arquitectura barroca alcanza en América esplendor inusitado al fundirse con temas ornamentales absolutamente autóctonos.

gados a tres infantes de la casa real española, para así mantener, a pesar de la independencia, las tierras de América vinculadas a la corona española. El proyecto fue desoido por el monarca. Quizás hubiera constituido la última baza posible para alargar la presencia española en las Indias. Precisamente en 1783 había nacido Simón Bolívar, cinco años después de San Martín. La generación de los libertadores no tardaría en hacer acto de presencia.

Veamos ahora lo que hace referencia a la población y las clases sociales.

CONSIDERACIONES SOBRE EL IMPERIO ESPAÑOL EN AMÉRICA

Las grandes conquistas españolas en América se realizaron en la primera mitad del siglo XVI; en la segunda mitad procedióse a la ocupación y pacificación de los inmensos dominios, mientras se llevaba a cabo el descubrimiento y subsiguiente anexión de las Filipinas y otros archipiélagos del Pacífico, esto último facilitado por el hallazgo, en 1565, de la "vuelta de Poniente" por Andrés de Urdaneta. Con la unidad ibérica de 1580, los dominios portugueses en el Extremo Oriente pasaron a depender de la corona de Felipe II: el imperio hispánico alcanzaba así el cenit de su expansión territorial.

Al iniciarse la conquista española, el continente americano estaría poblado por unos doce millones de habitantes, y, a mediados del siglo XVI, el número de españoles allí establecidos no pasaría de cien mil: una pequeña minoría, con el nivel técnico y el valor personal de la Europa del Renacimiento, se impuso claramente a las masas amerindias, en plena prehistoria a pesar de su organización en grandes imperios —azteca, maya, inca—. La tónica general de la emigración española la dieron los segundones de las clases aristocráticas, con el predominio de andaluces y extremeños en el siglo XVI. Los matrimonios mixtos dieron lugar al mestizaje. Hacia 1570, el 96 % de la población de Hispanoamérica era amerindia; los blancos formaban alrededor del 1,25 %, y el resto, los mestizos, mulatos y zambos.

En la estructura social conviven las dos comunidades: la de los españoles —conquistadores, clérigos y funcionarios reales— y la de los indios, adscritos al trabajo mediante los repartimientos, encomiendas y reducciones. Los clérigos se encar-

garon de la evangelización de los indios con el apoyo del Estado, que muy pronto comprendió que la idea misional constituía la suprema justificación de la conquista. Los frailes, con su mentalidad misional-indigenista, fueron los abogados de los indios y los impulsores de las actividades culturales —universidades de México y Lima, difusión de las artes—.

América fue conquistada, a la vez, por los animales domésticos europeos, que se adaptaron rápidamente —ganado vacuno, sobre todo—. En la agricultura se introdujeron las especies del Viejo Mundo —cereales, leguminosas, vid, caña de azúcar—, mientras se impulsaba el cultivo de las autóctonas —maíz, cacao, patata, alubias—. Las leyes españolas reconocieron diversos tipos de propiedad común entre los indígenas —fundo real o conjunto de solares para habitaciones; el ejido, para pastos y leña; las tierras de común repartimiento; los propios—; el resto de las tierras, propiedad del Estado a raíz de la conquista, se fueron distribuyendo entre los conquistadores y como medio para fomentar la colonización.

Lo decisivo en la economía americana fue la minería. Las grandes masas —el "diluvio", según los tratadistas españoles— de metales preciosos americanos (sobre todo, la plata de Potosí, en la segunda mitad del siglo XVI) provocaron la revolución de los precios y el despliegue del capitalismo moderno, mientras se convertían en el principal soporte de la hegemonía española en el mundo. El esfuerzo internacional desvió hacia las empresas exteriores —la financiación de las guerras de Carlos V y de las de Felipe II contra la Europa protestante— el dinero americano

que llegaba a la Casa de Contratación de Sevilla. La consiguiente falta de inversiones en España acabaría por convertir en esterilizantes las inyecciones monetarias, mientras se recurría a onerosos empréstitos con la banca extranjera y al aumento de impuestos, lo que, en definitiva, implicaría la consolidación del *statu quo* social y económico. Por contraste, los rivales de España —Holanda, Inglaterra—, beneficiarios del nuevo orden creado por la conquista española, pudieron adecuar su desarrollo social, mediante las revoluciones burguesas, al crecimiento económico.

Estas repercusiones económicas de la conquista no obstan para que ésta presente aspectos netamente positivos y del mayor interés. Antes hemos aludido al Estado misional como justificación suprema del imperio hispano-americano. Las polémicas entre "indigenistas" —los padres Montesinos, Las Casas y Victoria— y "colonialistas" —Ginés de Sepúlveda— abor-daron multitud de cuestiones, entre las cuales la de los "justos títulos" del dominio español en América. Para uno de los mejores especialistas actuales, el hispanista norteamericano Lewis Hanke, tales polémicas iniciaron una discusión que todavía no se ha cerrado, ni en América ni en el mundo. "Los ideales que intentaron poner en práctica algunos españoles en América —escribe Hanke— nunca perderán su brillante fulgor mientras existan hombres que crean que los otros pueblos tienen derecho a la vida, que se pueden hallar métodos justos para dirigir las relaciones entre las naciones y que, esencialmente, todas las gentes del mundo son hombres."

J. R.

¶ Cuando se conocieron en España las dimensiones inmensas de las tierras del Nuevo Mundo se planteó el problema de la incorporación a la corona de estos territorios. Los reyes inicialmente desecharon todo propósito colonial. América debía ser asimilada y constituir una más de las provincias o de los reinos que estaban bajo la potestad de los soberanos. Los indios debían ser totalmente equiparados a los restantes españoles, con los mismos derechos y deberes. Para esto debían adoptar la religión y la cultura, la lengua especialmente, de Castilla el núcleo de los dominios hispánicos. La mezcla de sangres debía contribuir a esta asimilación y por esto los matrimonios mixtos eran apoyados por la corona. Tan generosos principios cristalizaron en diversas colecciones jurídicas, de las que las *Leyes Nuevas* son el máximo exponente.

Desde los primeros años de la conquista la realidad en tierras americanas difirió mucho de las intenciones de la monarquía y de los preceptos codificados en las leyes. El desarrollo de las *encomiendas* y de los *repartimientos*, por motivos fundamentalmente económicos, constituía la más clara manifestación del carácter colonial de los establecimientos españoles y perpetuaba una desigualdad social básica entre los blancos y la población autóctona.

Las encomiendas consistían en una donación de tierras al encomendero, quien además tenía derecho a recibir tributo y ciertas prestaciones en trabajo de los indios que habitaban la zona que le había sido confiada. El encomendero tenía poder judicial sobre los indios de la encomienda, a los que debía proteger y evangelizar. El carácter medieval de tal institución es evidente. El régimen de encomiendas derivaba directamente de usos empleados durante la Reconquista.

Los repartimientos consistían en la adjudicación de un número determinado de indios, libres de encomienda, a los colonos españoles. Los indios de los repartimientos debían trabajar, de forma retribuida pero forzosa, en las explotaciones mineras o agrícolas de los españoles.

La divergencia entre estas realidades y los propósitos de la administración central era tan acusada, que se hizo inevitable un rompimiento abierto. En 1512, las leyes de Burgos fijaron los límites del régimen de encomiendas y repartimientos. En 1542 se suprimió el carácter hereditario de las encomiendas, lo cual, unido a la prohibición de crear nuevas, tendía a su supresión total en el plazo de una generación. La misma importación de mano de obra esclava negra, además de buscar un rendimiento mayor, debe calificarse como una medida —desde

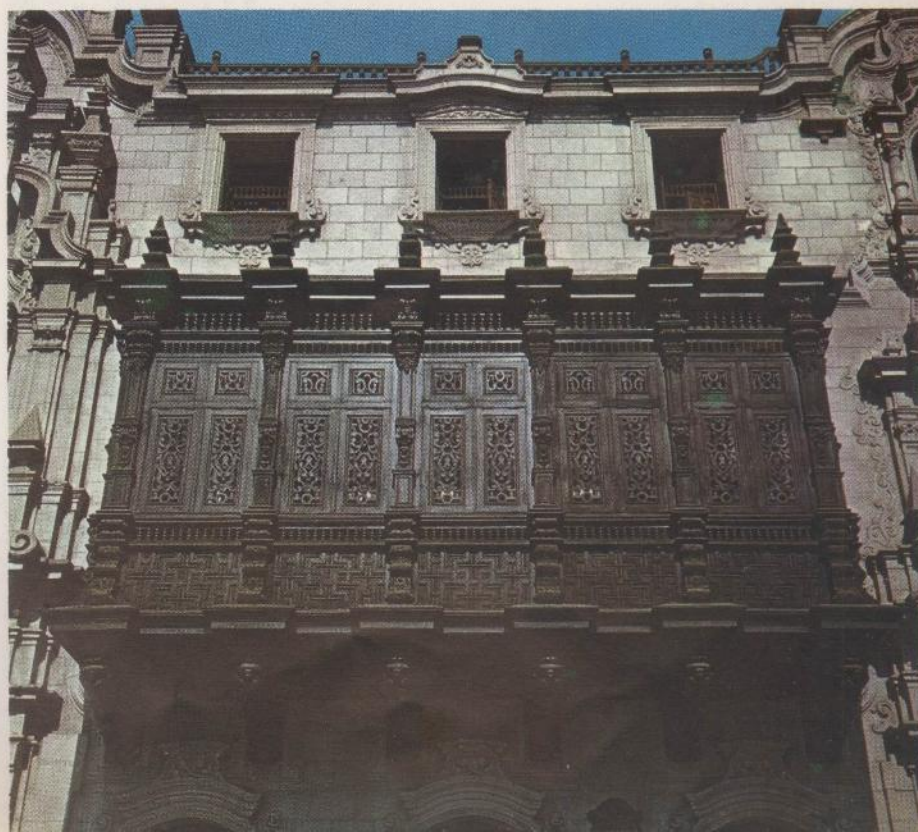


Plano de la ciudad de Cap François, en la isla de Haití (Biblioteca Nacional, París). En este plano —siglo XVIII— se aprecia bien la urbanización cuadrículada de la villa, empleada en numerosas ciudades americanas.

luego, extraña, mirada desde un prisma humanitario— destinada a facilitar la igualdad entre blancos e indios.

Todas estas disposiciones toparon con los intereses de los colonos. Estos sostenían que los indios pertenecían a una raza inferior y que, por consiguiente, debían quedar sometidos a la tutela de los blancos. Los aspectos paternalistas que tenían las encomiendas y los repartimientos justificaban su existencia y, de paso, permitían a los españoles seguir disfrutando de los beneficios económi-

Balcón de la época colonial en un edificio de Lima.



Panorama brasileño, por Frans Post (Rijksmuseum, Amsterdam). Los holandeses, como ampliación de su guerra contra España, se lanzaron, como otros pueblos europeos, sobre el extensísimo Imperio español en América y lograron poner pie en la zona continental del actual Brasil, con centro en Pernambuco. Finalmente, en 1661, los portugueses reconquistaron todo el territorio.



Vista del Cuzco en el siglo XVIII (col. particular, Madrid). Las modificaciones introducidas en la administración por los Borbones aceleraron el desarrollo de la población criolla de América, con el desenvolvimiento consiguiente de las principales ciudades.



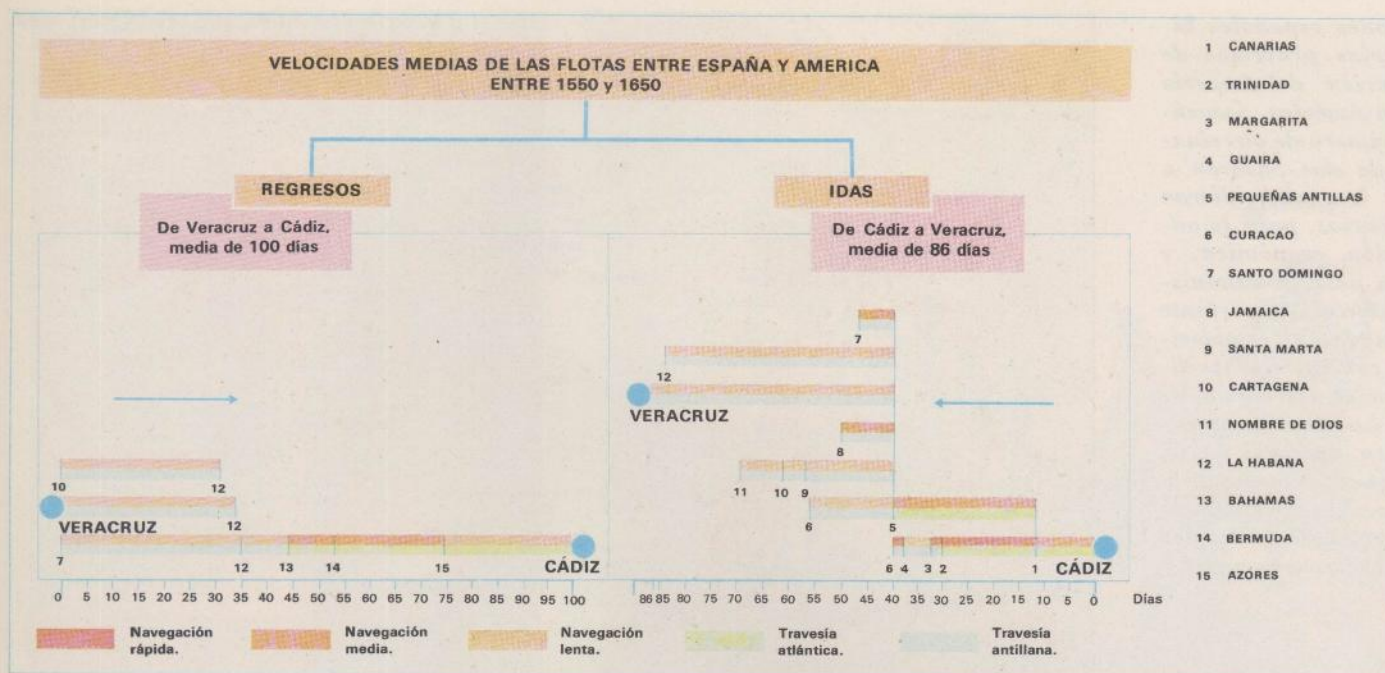
cos que de ellos se derivaban. Por otra parte, el trabajo forzoso no era desconocido entre las civilizaciones precolombinas. Ya la mayor parte de la población sometida al Inca estaba sujeta a la *mita*, prestación laboral obligatoria.

En resumen, a la política americana de la corona, orientada de acuerdo con los defensores de las poblaciones autóctonas, se oponían los conquistadores y los colonos es-

tablecidos en el Nuevo Mundo y también ciertas costumbres indígenas. El resultado de esta pugna fue favorable a los encomenderos y las *Leyes Nuevas* quedaron parcialmente sin aplicación a partir de 1545. Los hechos se impusieron a los preceptos legales. Esta situación hizo todavía más flagrante la denuncia de las condiciones de vida de los indios sometidos que realizaron los partidarios de la igualdad de razas, cuyo epigono más sobresaliente fue el padre Las Casas. "Las Casas, apasionado, violento, injusto, a menudo inexacto, hizo de sus memorias y de la *Breve relación de la destrucción de las Indias*, presentada a Carlos V en 1542, argumentos fanáticos" (Roland Mousnier). En todo caso, si Las Casas erró por desmesura, exagerando "la destrucción de las Indias", los errores de sus oponentes, los defensores de la desigualdad racial y de la supremacía natural del blanco (Sepúlveda, Fernández de Oviedo), no son sólo de carácter cuantitativo, sino que son errores de base.

El régimen de encomiendas y repartimientos pronto agotó sus posibilidades, debido al escaso rendimiento del trabajo indígena y a la progresiva desaparición de la población sometida a estos sistemas, a causa de la elevada mortalidad y del mestizaje creciente. Amerindios, mestizos y blancos, tal es el cuadro étnico de la América latina, al que la importación de esclavos africanos, incipiente durante el siglo XVI, pero muy importante durante el XVII, contribuirá a complicar todavía más.

Así pues, la población de la América hispana se polariza en dos grupos netamente



distintos. Por un lado, las razas sometidas a tutela, los indios, o a abierta esclavitud, la población negra. Por otra, la raza blanca, rectora y beneficiaria del trabajo, gratificado o no, de los otros grupos sociales. Este planteamiento, aparentemente racista puro, está modificado por la existencia de una mezcla de razas cada vez más abundante. Ya hemos visto como, desde el principio de la conquista, la mezcla entre indios y españoles fue muy corriente. Factores que obraron en pro de estos cruces fueron, sin duda, la falta de mujeres entre los primeros colonos y la ausencia de prejuicios raciales. Las diferentes formas que abarca la unión entre indias y españoles van desde el concubinato —doblado por la más desenfadada poligamia en algunas ocasiones— hasta el matrimonio legal. Aunque debido a la situación colonial fueron bastante escasos, se dieron algunos matrimonios entre indios y blancas, sobre todo para apoyar tratados de tipo político. Los mestizos de blanco e indio, como descendientes de dos razas puras, ocuparán, cuando en el siglo XVII se organice en castas la pirámide social, el lugar inmediatamente inferior al de los blancos puros.

En una situación mucho peor quedarán situados los descendientes de negros y blancos, los mulatos. El estado de esclavitud de la raza negra en América marcaba a todos sus descendientes, incluso a aquellos que sólo en parte lo eran. En el último escalón de los mestizajes estaban los negro-indios, los zambos. Este panorama queda complicado con multitud de casos intermedios. Cuando, durante el siglo XVII, se vaya for-

mando una sociedad de castas que alcanzará su máximo desarrollo en el XVIII, la terminología empleada para designar a los distintos tipos de mestizos mostrará los esfuerzos del idioma para acomodarse a una situación enormemente compleja: *moriscos, albinos, coyotes, chamizos, cambujos, albarazados, tornatrás, ahí-te-estás, tente-en-el-aire, prietos, pardos, anegrados*, etc., son algunos de los términos empleados en un léxico riquísimo aunque insuficiente.

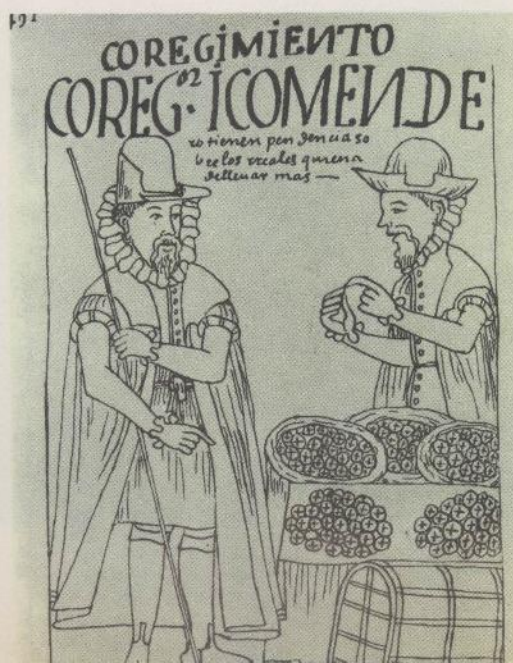
La Habana a finales del siglo XVII (colección particular, Madrid).



Los Borbones españoles hicieron varios proyectos de reorganización del Imperio español en América. Aumentaron el número de virreinos, que de dos pasaron a cuatro, y los subdividieron en intendencias, para la administración económica, y audiencias para la administración judicial. Importante innovación fue el establecimiento de comunicaciones directas con el virreinato de La Plata. La penetración extranjera en América prosiguió, aunque la reforma de la marina española por Ensenada hizo más vigorosa la defensa de las costas americanas.



Ingenua representación de un corregidor y un encomendero en "Nueva crónica y buen gobierno", de Poma de Ayala. Las encomiendas y los repartimientos fueron los sistemas empleados por los españoles para obtener beneficios de las tierras conquistadas.

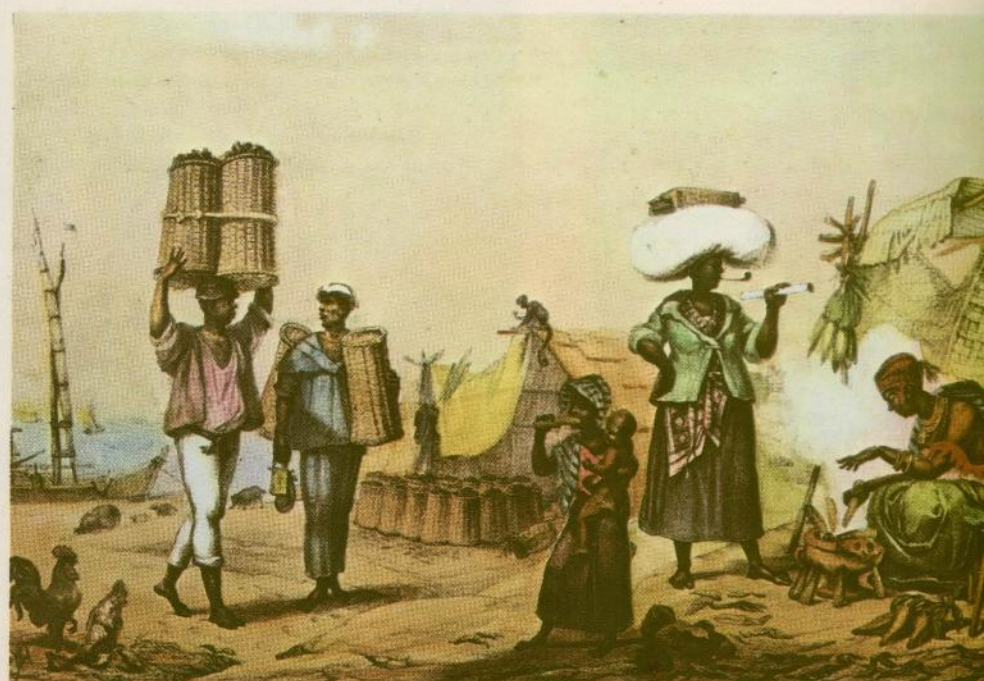


A finales del siglo XVIII esta enorme disparidad irá perdiendo carácter social y, por fin, la población mestiza acabará incorporándose a la población de razas sin mezclar. El papel de los mestizos resultará, pues, paradójicamente igualatorio.

Ya hemos adelantado el panorama que presenta la población indígena. Sujeto al trabajo forzoso, adscrito a la encomienda o al repartimiento, obligado a sufrir la mita o su equivalente mexicano el *cuatequil*, el indio queda sometido a la población de colonos, quienes muy a menudo se servirán de la estructura jerárquica indígena de los caciques para apoyar su dominación. La evolución de este grupo sólo podía tener un resultado:



Don Pedro Moya de Contreras, tercer arzobispo de México y sexto virrey de Nueva España (Museo Nacional de Historia, Chapultepec, México). El arzobispo ocupaba a veces transitoriamente el cargo de virrey. Don Pedro Moya fue el primer arzobispo que presidió el primer auto de fe de México.



Negros vendedores de carbón y negra vendedora de maíz tostado (Biblioteca Nacional, París). La introducción de negros africanos se debió a la gran disminución de la población amerindia empleada en los trabajos pesados.

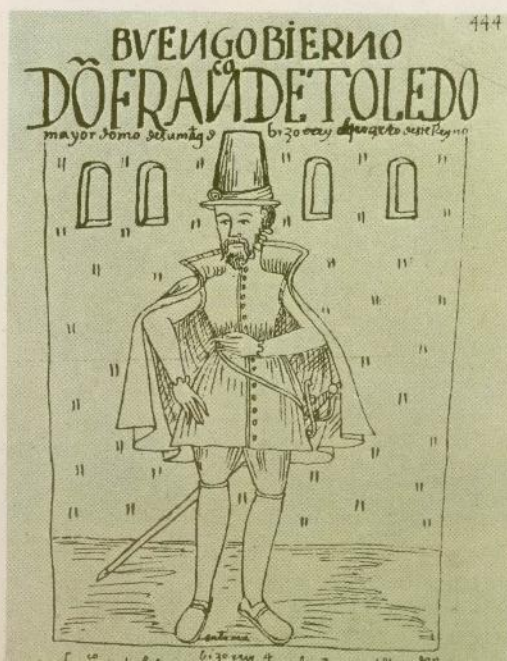
la formación de un proletariado indígena. "El trabajo forzoso retribuido, etapa previa del trabajo libre, contribuyó en buena parte a mantener el hermetismo y la pasividad de los indígenas y su progresivo desinterés por el progreso general de la producción y la marcha de la sociedad. El cuatequil, y mucho más la mita, tiende a desarraigar de sus comunidades de procedencia a numerosos indios: el mitayo aprovecha con frecuencia la única posibilidad de mejora económica que se le ofrece a veces y que es, ya cumplido su plazo de trabajo forzoso, convertirse en obrero libre para duplicar o triplicar su jornal; no pocos para eludir la mita huían de sus pueblos de origen, estableciéndose en otros pueblos lejanos, donde, como forasteros, podían librarse de ella. El amparo que contra abusos y extorsiones ofrecían al indio su cacique, los protectores de indios (nuevos funcionarios cuya designación es bien explícita) y los jueces y tribunales de justicia tuvo más de teórico que de real. Y todo ello representa una suma de factores que coadyuvaban a reducir las comunidades agrícolas indígenas y a engrosar con rapidez la masa creciente y amorfa de un proletariado que carece de tierras y bienes, que vive al día sin

ilusión ni esperanzas de mejora, que se sustenta de modo precario con su trabajo propio y en ocasiones merced a la picaresca o a la caridad ajena" (G. Céspedes).

La minoría blanca, considerada esquemáticamente, presenta tres grupos distintos: conquistadores, clérigos y funcionarios de la corona.

Los conquistadores y después sus descendientes constituyen el grupo socialmente más fuerte durante los primeros años. A través de la conquista y la colonización, tienden a convertirse en una nobleza, una casta superior, cuyos intereses van a chocar muy pronto con los de la monarquía centralizada.

El estamento religioso, cuya presencia en América está basada en el deseo de evange-



Don Francisco de Toledo, virrey del Perú, representado en la obra de Felipe Huamán Poma de Ayala "Nueva crónica y buen gobierno" (Biblioteca Nacional, Madrid). El virrey fue en América un apoderado de la autoridad real. Frente a él se alzaba la Audiencia. Ambas autoridades se auxiliaban, pero a la vez se espiaban para impedir excesos de poder.



Planta de tabaco en flor. Los españoles, a su llegada a América, observaron que los adivinos indígenas aspiraban el humo que exhalaban las hojas de esta planta al quemarse para predecir hechos futuros. Su difusión, aunque se dice que las semillas llegaron a Europa en el segundo viaje de Colón, no se realizó hasta que Nicot, embajador francés en Portugal, lo envió a Francia en 1561.

Manuel Amat, virrey del Perú en la segunda mitad del siglo XVIII (Museo de Artes Decorativas, Barcelona). La dinastía borbónica en España significó un cambio de orientación en todos los problemas americanos.



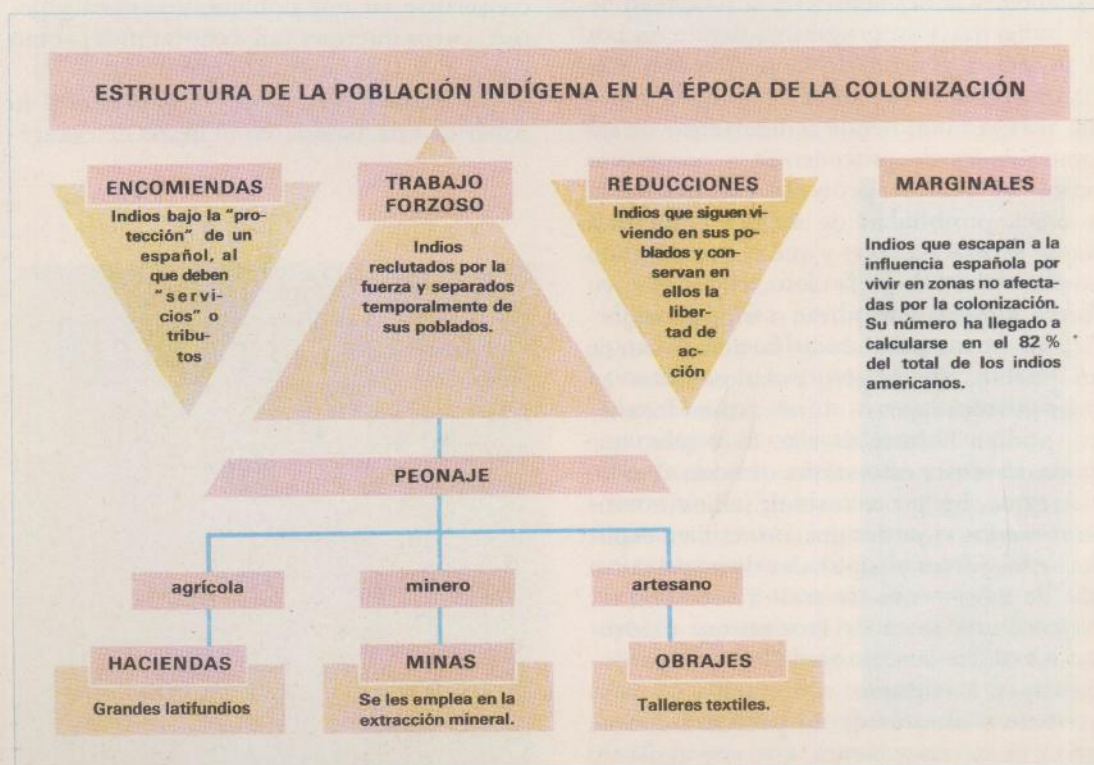
lizar a los indios paganos, sufrirá una curiosa evolución que acabará por dividirlo en dos sectores claramente diferenciados. En los primeros tiempos de la conquista, la política religiosa se basó en la violencia. Las creencias de los indios debían desaparecer, y en consecuencia sus templos fueron destruidos y sus dioses execrados. Apoyados en el éxito bélico, y contando con la ejemplaridad de la conversión de los caciques, los misioneros consiguieron espectaculares conversiones en masa. Las Ordenes religiosas rivalizaban, barajando miles de conversiones. Pero estos triunfos fueron tan aparatosos como pasajeros. Los indios pronto volvían a sus antiguas creencias y costumbres. El cambio de religión implicaba un cambio de cultura que el indio no estaba dispuesto a aceptar.

Se produce entonces una aproximación del clero regular a la cultura indígena. Los frailes mejor dotados aprenden e incluso difunden las lenguas indias más importantes. La intolerancia da paso a la transigencia. Se prefiere el ejemplo a la predicación o la

coacción como arma misional. En este nuevo clima, los religiosos se dan cuenta de que el principal enemigo de las conversiones de los indios no es otro que el mismo enemigo de los indios: el colono español.

La defensa de los indios con objetivos evangelizadores, he ahí la gran labor del clero regular en América. Franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas más adelante organizaron células de pervivencia del mundo indígena que, desde las misiones a las reducciones, constituyen uno de los más jus-

Conseguir trabajadores fue el gran problema de los colonizadores españoles. Se necesitaban hombres para cultivar las tierras, para abrir caminos, para trabajar en las minas. Los indios, des acostumbrados al trabajo intensivo, con pocas necesidades que satisfacer, se resistieron a emplearse como obreros. Entre los colonos "propietarios" y los indios "holgazanes" se desarrolló una tensión que, a pesar de la influencia moderadora de la corona y la Iglesia, se resolvió desfavorablemente para los indios con la implantación en América de formas de trabajo semi-feudales.





Plano de las reducciones de los indios en las cercanías de Guadalajara (México). La actividad religiosa en la colonización de América se centró no sólo en la conversión de los indígenas, sino en la elevación de su nivel de vida en las reducciones y las misiones (Archivo General de Indias, Sevilla).

tos timbres de gloria de la obra de España en América. Naturalmente esta actividad produjo choques con los colonos, con los encomenderos, a los que se sustraía una mano de obra barata. Por esto los frailes apoyaron a los funcionarios reales cuando éstos se enfrentaron a los criollos. Pero no dudaron en enfrentarse a la propia corona en ocasiones, como en el caso de las reducciones del Paraguay.

Cierto sector del clero se apartó de forma decidida de la línea que acabamos de exponer. El clero secular y algunas Ordenes, como los mercedarios, desarrollaron su labor apostólica exclusivamente entre blancos. De ahí que se identificaran con la situación de privilegio de éstos y, dado que personalmente entraron en el círculo de ventajas socioeconómicas que suponía el pertenecer a la casta dominadora, se convirtieron en ardientes defensores de la desigualdad racial. Sacerdotes seculares y conventos mercedarios hubo que recibieron encomiendas y, en consecuencia, se comportaron como encomenderos. No es de extrañar que fuese precisamente en este sector donde abundaran las conductas más disolutas, las vidas personales más desacordes con los hábitos religiosos.

Los funcionarios reales constituyen el tercer grupo de los españoles establecidos en América. Durante los años de la conquista se dieron muchas veces situaciones en las que la corona, pese a lo celosa que era de las prerrogativas reales, tuvo que nombrar gobernadores o capitanes generales a quienes, adelantándose al nombramiento, detenían ya de hecho el poder. Pronto varió este estado de cosas: "La rebelión de los Pizarros puso de manifiesto la necesidad de organizar el imperio allende los mares según

un régimen que garantizara a la corona de los peligros de una desmembración. De aquí la creación de los famosos virreynatos. Ambas autoridades, virrey y Audiencia, se completaban, auxiliándose para el servicio del gobierno, pero a la vez se espiaban y vigilaban para impedir excesos de poder. En América no se dio nunca el caso de que virrey y Audiencia fueran cómplices en una misma maldad".

El virrey era, como el mismo nombre lo indica, un apoderado de la majestad real.

Cruce de español y albina (pintura de la tipología del mestizaje americano conservada en el Museo Nacional de Historia, Chapultepec, México). El cruzamiento entre los diversos tipos a que dio lugar la convivencia de diferentes razas en la América hispana creó una serie de mestizos extraordinaria, que el idioma recogió en formas curiosas y hasta chuscas.



Ruinas de la fachada de la iglesia de la misión de San Ignacio (República Argentina). Las misiones fundadas por los jesuitas en los territorios de las actuales repúblicas Argentina y del Paraguay fueron uno de los intentos más felices de la conversión y educación de los indios llevados a cabo por los religiosos españoles.



Bautismo de un indio (ilustración de "Nueva crónica y buen gobierno" de Felipe Huamán Poma de Ayala; Biblioteca Nacional, Madrid).



Carlos V creó en 1535 y 1542 los dos virreinos de México y del Perú, que en el siglo XVIII se aumentaron con los de Santa Fe y Buenos Aires. Las demás provincias quedaron gobernadas por capitanes generales, que tenían en realidad las mismas facultades que los virreyes.

La autoridad de los capitanes generales y virreyes varió mucho según los tiempos. Carlos V, en la cédula del año 1542, dispone "que en todos los casos y negocios que se ofrecieren, hagan (los virreyes) lo que les pareciere y vieran que conviene, y provean todo aquello que Nos podríamos hacer y proveer, de cualquier calidad y condición que sea, si por nuestra persona se gobernarán, en lo que tuviera especial prohibición". Ya hemos visto una de estas prohibiciones: en las Ordenanzas para poblar se prohíbe a los virreyes que autoricen descubrimientos sin el acuerdo de la corona. En materias importantes los virreyes debían consultar con los oidores de la Audiencia, pero no estaban obligados a seguir sus opiniones.

La única cortapisa que tenían los virreyes era que, al terminar su mandato, estaban sujetos a lo que se llamaba *juicio de residencia*, o pública investigación de todos sus actos. Ya hemos dicho en otro capítulo que esta fiscalización tenía un posible origen en la

NOTAS SOBRE LA SOCIEDAD COLONIAL AMERICANA

Evidentemente, el fenómeno de colonización de América (como cualquier tipo de colonización, en principio) lleva aparejada una importante dosis de mimetismo: los colonizadores pretendían seguir, mantener, realizar las mismas formas de vida que imperaban en la metrópoli, deseaban vivir el mismo estilo y las mismas fórmulas que regían en su tierra patria. De ahí, por ejemplo, el afán por ennoblecerse, por comprar o conseguir títulos nobiliarios, patente desde los primeros días de la conquista, etc. Sin embargo, desde un principio la vida de la sociedad colonial americana revistió características distintas de las que se producían en España y no digamos de las que se iban desarrollando en los países más adelantados de la Europa occidental.

Para situar la plataforma sobre la cual irá tejiéndose el hilo de evolución de la sociedad colonial de la América hispana es menester tener en cuenta algunos factores elementales. En este sentido, por ejemplo, es preciso recordar la idea de Vicens Vives en torno a la concepción nómada de la vida, impuesta por los castellanos que en las primeras etapas conquistaron y colonizaron las tierras de Indias: "El pastor trashumante, el hidalgo de la Reconquista, el hombre que ansía nuevos horizontes, va a América en una continuación de lo que venía haciendo en su patria: un incesante moverse hacia delante, ir de un lado para otro". Otro factor a considerar, desde un principio, es el derivado de la desmitificación de los supuestos anhelos alimentados por una pura entelequia misional. El mito del oro, el afán de enriquecerse, contó de forma importante en la acción de los primeros hidalgos (valerosos y arruinados por los grandes señores) que se instalaron en América.

Al mismo tiempo es necesario situar también el verdadero marco sociohistórico del espíritu de misión y de justicia que acompañó a la tarea evangelizadora y culturalizadora. En efecto, no puede olvidarse que la Iglesia era extraordinariamente conservadora en el terreno económico, de modo que, con el Evangelio y el espíritu de justicia, estableció en América el mismo sistema o el mismo orden de tipo señorial, la misma visión latifundista y de manos muertas que mantenía en España.

Superadas las primeras etapas de conquista y de colonización, la demografía y la distribución de la propiedad fueron configurando los hitos claves de una trayectoria que inevitablemente debía conducir a la crisis del sistema colonial y a la emancipación americana. Dejando al margen las referencias a la eliminación de los indios (su número disminuye vertiginosa-

mente en todo el continente a lo largo de los siglos XVI y XVII), interesa subrayar el problema derivado de la desproporción entre el número de colonizadores y el de aborígenes. Es posible que a mediados del siglo XVI el número de españoles establecidos en América no rebasara los 120.000, mientras que, en la misma época, el número de indígenas se aproximaría a los 12 millones (aunque en medio siglo descenderían a 9 millones, para seguir después decreciendo). De esta primera relación numérica se deriva una cuestión primordial: la de organizar un mundo tan vasto con tan poca gente hispana y además pudiendo solamente, en principio (después vendrían las oleadas de esclavos negros), utilizar a indígenas de escaso nivel técnico y cultural.

Todo ello ayuda a comprender el carácter que tomó la propiedad en América, que, por un lado, prosiguió el sistema de latifundios castellanos (especialmente en Nueva España) y, por otro, procedió a estructurar la propiedad a través de un sistema apoyado en una fuerte jerarquía social. En relación con tal estructuración debemos considerar el grave problema de la situación de los indios (encomiendas, mitas, etc.) y la ardua cuestión de los esclavos negros (se calcula, por ejemplo, que la población negra, mestiza y mulata en América rebasaba, en 1570, las 230.000 personas). Sobre estos supuestos —en el centro de los cuales debe situarse la compleja y mitologizada cuestión de los mestizos— se edificaría el conjunto social de las colonias americanas, presidido por un hecho clave: el predominio de la minoría blanca, que de 120.000 pasaría a 650.000 entre 1570 y 1650, mientras seguirían existiendo en América más de 8 millones de indios y el número de negros, mulatos y afines pasaría, en las mismas fechas, de 230.000 a 1.300.000.

Efectivamente, ya en la segunda mitad del siglo XVI se dibujaron las denominadas "castas coloniales" en el vocabulario oficial, organizadas en beneficio de la población blanca inmigrada, cuyas bases de poder serían el acaparamiento de la propiedad, la concesión de títulos nobiliarios, el control de la alta burocracia y el derecho a llevar armas. Estos blancos fueron denominados muy pronto "criollos" y constituyeron una verdadera aristocracia de la tierra, con una potencia robustecida por el hecho antes apuntado del control de la administración colonial. Paralelamente, la manía y el negocio (para el Estado) del ennoblecimiento acabó por distanciar al elemento blanco de los indígenas y, al igual que el privilegio exclusivo de llevar armas, etc., una serie de factores aristo-

cratizantes sirvieron para definir el prestigio criollo y para crear una mentalidad típica y diferenciada.

En resumen, a mediados del siglo XVII, latifundistas, burócratas, encomenderos e hidalgos constituían el ápice de la sociedad criolla americana al ocupar el poder político y la riqueza agraria. En segundo término figuraban los mercaderes y artesanos, muy mediatizados tanto por la prohibición absoluta de ejercer cargos públicos como por el control monopolístico que trataba de llevar a cabo la corona desde sus oficinas de Sevilla. Sin embargo, en esta misma etapa, la decadencia de los Habsburgos y los problemas del fisco hispano dieron posibilidades interesantísimas a dichos mercaderes y artesanos, que al socaire de determinadas actividades comerciales, más o menos lícitas, pudieron acumular capital y comprar bienes raíces urbanos y fincas rústicas a través de hipotecas. De este modo, a lo largo del siglo XVII comenzó a configurarse una incipiente burguesía, más o menos capitalista, con negocios en las ciudades portuarias, o propietaria de plantaciones de azúcar y cacao o de estancias de ganado en el interior. Una incipiente burguesía que había de ser el motor informador e impulsor del criollismo típico del siglo XVIII.

La etapa borbónica dibujaría importantes modificaciones en el esquema social americano, a partir fundamentalmente de una cuestión elemental (que estaría en la raíz de los futuros nacionalismos americanos) cual es la distinción abierta —y en muchos casos antagónica— entre *criollo* y *español metropolitano*. Existen dos tipos de blancos: el americano y el peninsular. La población, por otra parte, al igual de lo que ocurría en Europa, aumentó de forma considerable, de modo que existían 3 millones de blancos americanos o criollos frente a 150.000 españoles o metropolitanos, ocupando estos últimos los cargos claves de las burocracias civiles, militares y eclesiásticas, creando un clima de creciente descontento que explicaría la radicalización nacionalista criolla opuesta al monopolio de los forasteros peninsulares (gente de paso) que controlaba su vida económica, social y política.

De ahí surgiría el impulso emancipador, arropado además por un mundo intermedio de mestizaje de más de 4.100.000 personas, constitutivo de una realidad socioeconómica innegable, que hacía de puente y de cojín entre los numerosos indios y el crecido número de esclavos negros (más de 1.300.000) que constituían el resto de la población de las colonias americanas a fines del siglo XVIII.

A. J.

LA INTRODUCCION DE LA IMPRENTA EN AMERICA

La primera imprenta del Nuevo Mundo se estableció en el virreinato de México. Sus orígenes son oscuros. José Gil de Pareja y González dio noticia, en 1961, de una edición de la *Escala espiritual para llegar al cielo*, de san Juan Climaco, de 1532, que, según él, sería el primer libro impreso en tierras americanas. Por fuentes documentales tenemos noticia de una primitiva imprenta mexicana, de la cual no se sabe hasta el presente que nos haya llegado ningún ejemplar. Pero fray Juan de Zumárraga, primer obispo de México, escribió a Carlos V en 1533 para interesarle en la creación de una imprenta y de un molino de papel, y el mismo fray Juan, en 6 de mayo de 1538, volvió a escribir al emperador quejándose de la carestía de papel, que no permitía terminar obras que tenían comenzadas ni emprender otras nuevas. En 5 de septiembre de 1539, Esteban Martín, de oficio "imprimidor", fue inscrito como vecino en el acta del cabildo de México. ¿Sería éste quien regentó esta primitiva imprenta o uno de los que trabajaron en ella? De allí debieron salir obras como la *Escala espiritual para llegar al cielo*, de san Juan Climaco, de 1535; la *Doctrina*, de fray Toribio de Motolinia, y el *Catecismo Mexicano*, de fray Juan Ribas, ambas de 1537, que fueron vistas por antiguos bibliógrafos, pero de las cuales no se conoce ningún ejemplar.

La primera imprenta estable de México fue una filial de la que Juan Cronberger tenía en Sevilla. En esta ciudad, en 12 de junio de 1539, se hizo un contrato entre Juan Cronberger y Juan Pablos, natural de Lombardía, por el cual éste se comprometió a trasladarse a México con su esposa para regentar una imprenta que había de llevar el nombre de Cronberger. Al cabo de diez años esta imprenta habría de pasar a poder de Pablos, como así ocurrió. El primer impreso que se conoce de esta casa es la *Breve y más compendiosa doctrina cristiana en lengua mexicana y castellana*, de Juan de Zumárraga, de 1539, de cuyo único ejemplar conocido hoy se ignora el paradero. Al año siguiente apareció el *Manual de Adultos*, del cual sólo se han salvado dos hojas, y en años sucesivos se publicaron varias obras de doctrina cristiana, de utilidad para la evange-

lización de los indios, pobres en tipografía, pero de gran interés bibliográfico. Más adelante los libros de este taller mejoraron de presentación y se sirvieron indistintamente de tipos góticos, romanos o itálicos. En algunos de estos libros, Pablos usó orlas que podríamos llamar prebarrocas, análogas a las que en la misma época se empleaban en Basilea, Venecia y Lyon y en algunas ciudades de España. Torres Revello ha señalado analogías entre algunas de estas orlas y el arte azteca.

Antonio de Espinosa trabajó primero con Juan Pablos, como cortador y fundidor de letras, y desde 1559, por su cuenta. El comerciante Pedro Ocharte, natural de Rouen, casó con la hija de Espinosa y continuó su casa hasta 1589. De este taller salieron algunos libros litúrgicos que son notables piezas tipográficas. Pero lo que constituye la verdadera gloria de la tipografía colonial española son los libros de carácter misional y sobre temas indígenas. En este orden ningún otro país ha igualado a España.

La segunda imprenta americana se fundó en el Perú. En 1584, Antonio Ricardo, natural de Turín, después de no pocas dificultades publicó dos opúsculos en Lima: la *Pragmática sobre los diez dias del año* y la *Doctrina y catecismo para enseñanza de los indios*. Ricardo murió en 1606.

No se sabe a ciencia cierta si en 1640 Juan Blanco de Alcázar fue el impresor de *Arco triunfal*, en Puebla de los Angeles, obra de la cual no se conoce ejemplar. En 1643, Francisco Robledo imprimió en la misma ciudad la *Historia Real Sagrada*, de Juan de Palafox y Mendoza.

La primera imprenta de Filipinas se estableció en Binondo, en las inmediaciones de Manila, y se remonta al año 1593. Sus primeras actividades permanecen en la oscuridad por el gran número de impresos filipinos perdidos de que dan noticia cronistas y antiguos bibliógrafos. Del citado año es un impreso xilográfico, *Doctrina cristiana en lengua española y tagala*, del cual existe un único ejemplar en la Biblioteca del Congreso, de Washington. El primer tipógrafo de las islas fue el chino cristiano Juan de Vera, el cual fundió caracteres tagalos y chinos para poder imprimir libros cate-

quísticos en las lenguas de los habitantes del país. El libro tipográfico filipino más antiguo que conservamos es el *Arte y Reglas de la Lengua tagala*, de fray Francisco de San José, impreso por Tomás Pinpín, tagalo, "en el partido de Batana", en 1610. Esta edición ha sido minuciosamente descrita por W. E. Retana. Según este mismo erudito, en 1662 se fundó la imprenta de los padres dominicos, en el Hospital de San Gabriel de Binondo, la cual fue trasladada en 1625 al Colegio de Santo Tomás de Manila, en donde ha funcionado hasta nuestros días.

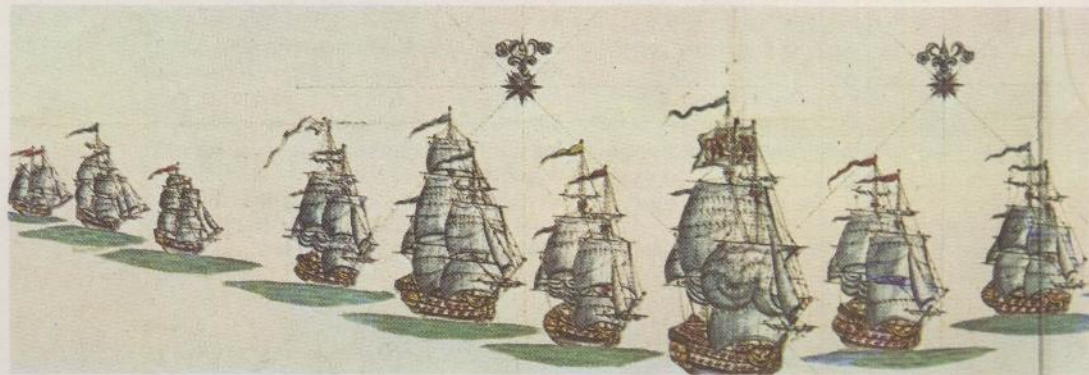
En el virreinato del Río de la Plata, los primeros intentos para establecer una imprenta fueron los de las misiones de jesuitas del Paraguay a partir de 1630. Según el padre Furlong, se imprimió en esta región con toda certeza antes de 1705. El libro más antiguo de que se tiene noticia es de este año: es la obra *De la diferencia entre lo temporal y eterno*, de Nie-remberg, impresa "en las doctrinas", o sea en las misiones. Esta imprenta jesuítica publicó unos veinte volúmenes antes de 1728, en que cesó. Después pasan años sin que en esta región se impriman libros. En 1780 se estableció un importante taller en la Casa de Niños Expósitos, de Buenos Aires.

En otras tierras americanas la imprenta es introducida en el transcurso del siglo XVIII: en 1738, en Colombia; en 1754, en el Ecuador; en 1764, en Venezuela, y en 1776, en Santiago de Chile. Antonio Isidoro de Fonseca, natural de Lisboa, fundó en 1747 la primera imprenta del Brasil.

El primer taller tipográfico de los Estados Unidos, en la América del Norte, fue fundado en el Colegio de Harvard, en Cambridge, Mass., hacia 1638-1639. En 1674 apareció una primera edición de la Biblia en inglés y en el mismo año se fundó la primera imprenta de Boston. Fue un tipógrafo de esta ciudad, Bartolomé Green, jr., el primero que se estableció en Halifax. Le sucedió su socio John Bursnell, cuyo nombre figura en el pie de imprenta de *The Halifax Gazette*, de marzo de 1752, primer impreso que se conoce del Canadá.

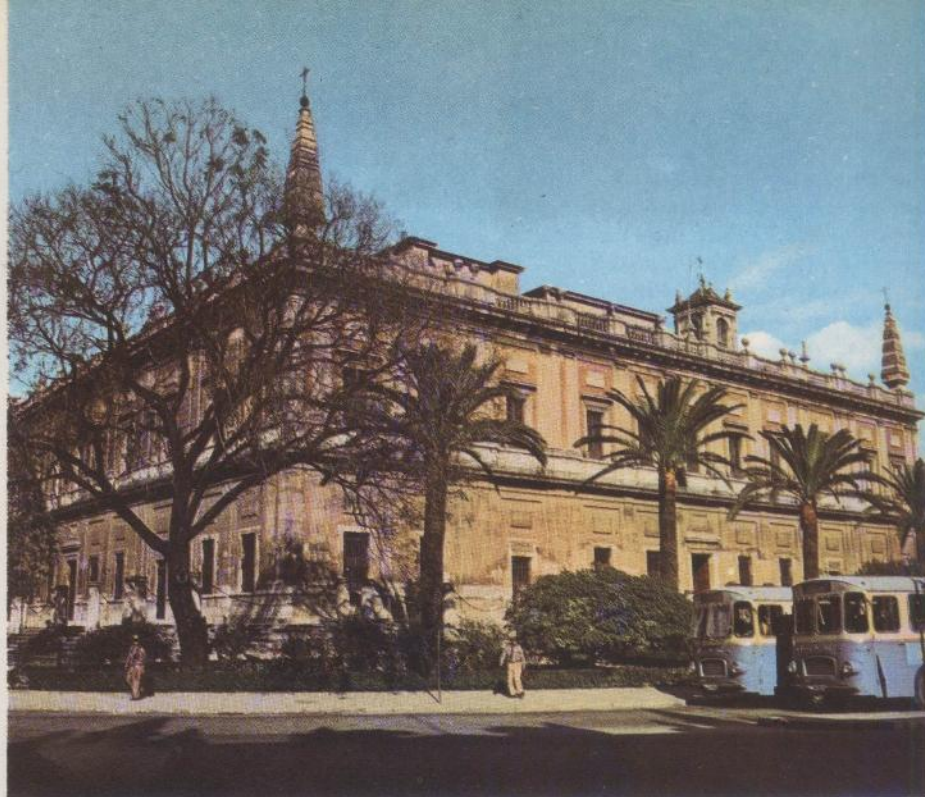
P. B.

Escuadra que partió de La Habana el año 1749 (detalle de un estado de la carga conducida por ella y conservado en el Archivo General de Indias de Sevilla). La conducción de los productos americanos a España y los españoles a América se verificó, debido a los constantes asaltos de piratas y bucaneros, mediante convoyes.



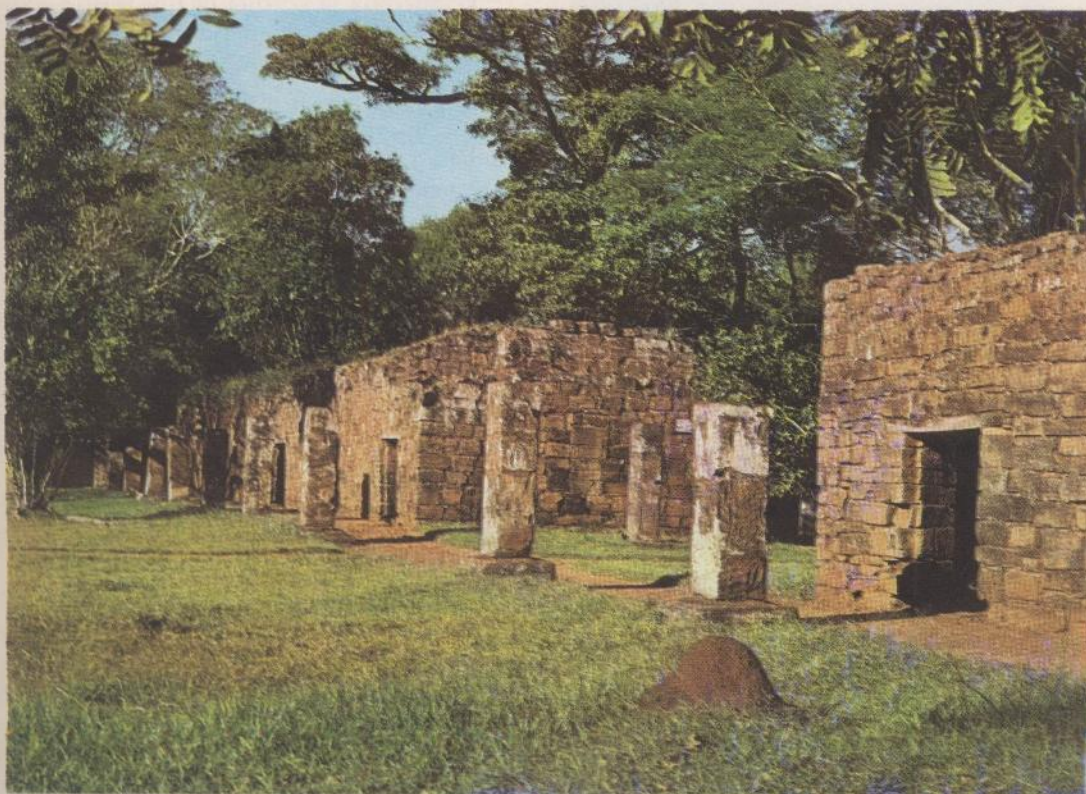
obra del cardenal Albornoze en Italia. Para *tomar la residencia* se nombraba desde España un juez especial, y a él acudían todos los que tenían algún agravio o podían probar alguna injusticia del virrey cesante. Las sentencias de este juez de la *residencia* eran inapelables, excepto recurriendo al Consejo de Indias. Por muy enojosas que fueran las *residencias* de algunos virreyes, los peores escapaban sólo con un poco de mala reputación, pero sin desprenderse del botín conseguido durante su administración. Un virrey, el duque de Linares, decía a su sucesor "que si el que viene a gobernar este reino no se acuerda de que la *residencia* más rigurosa es la que se ha de tomar al virrey, en su juicio particular, por la Majestad Divina, puede ser más soberano que el Gran Turco, por cuanto no discurrirá maldad que no haya quien se la facilite ni practicará tiranía que no se le consienta".

El tiempo que los virreyes debían permanecer en el mando fue al principio indeterminado; más tarde fijóse el período de tres años, que se solía duplicar a los que se distinguían por sus servicios. Por último, se estableció para los virreinos el período de cinco años, que duró hasta la independencia de las colonias. El sueldo varió también muchísimo; a mediados del siglo XVIII el virrey de México cobraba setenta mil pesos anuales, a los que se le añadían varias gratificaciones por servicios y cargos secundarios.



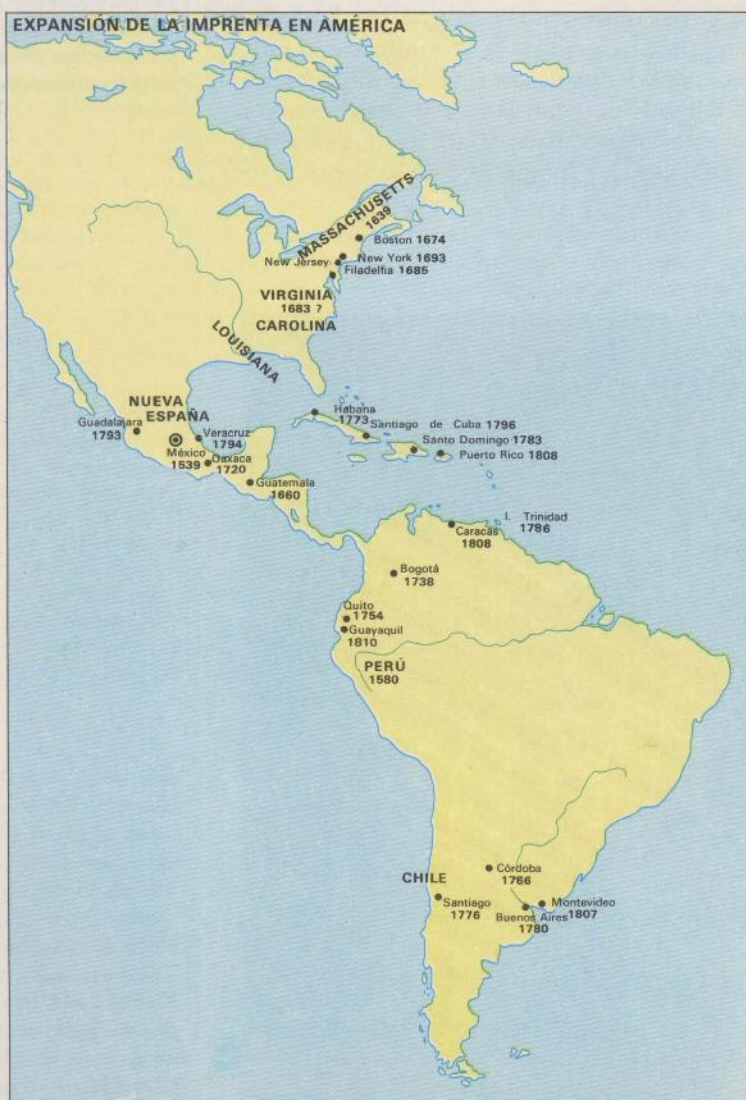
Casa de Contratación, en Sevilla, que hoy guarda el Archivo de Indias. La Casa de Contratación fiscalizaba el comercio y la navegación entre España y América. Su creación obedeció a la implantación de un sistema económico monopolístico.

Si el virrey era una imagen del César o monarca absoluto, la Audiencia venía a ser lo que en Castilla era el Consejo del Reino. El virrey representaba lo que hoy llamaríamos poder ejecutivo, y la Audiencia el judicial. Ambos formaban una magnífica balanza de poderes, enjuiciándose mutuamente con su sola coexistencia. Claro es que el virrey podía lucrarse sirviéndose de su cargo, y los



Ruinas de las habitaciones para indígenas construidas en la misión de San Ignacio (República Argentina).

Puente de cuerdas construido por los indígenas de América, según grabado realizado sobre unos apuntes de Humboldt (Biblioteca Nacional, París). Alexander von Humboldt visitó, en compañía de Aimé Bonpland, casi toda la América hispana, investigando cuestiones de ciencias naturales, geografía, estadística y etnografía. Los resultados de esta expedición los publicó en una obra que consta de 30 volúmenes.



oidores de la Audiencia podían vender sus votos en las causas importantes, pero debía bastar una sola mirada del virrey para hacer comprender a los oidores de la Audiencia el sumo desprecio que le merecían por su peculado. Virrey y oidores tenían que despachar juntos infinidad de negocios; en un principio, el virrey era el presidente nato de la Audiencia, aunque no tenía derecho a voto.

Persuadida la corona de que la prosperidad de la colonia dependía casi más de la honradez de los oidores de la Audiencia que de la inteligencia y honorabilidad de los virreyes, no cesó en dictar disposiciones que tendían a mantener a los oidores ajenos a las pasiones e intereses de la población. Se les obligaba a vestir toga negra, se les prohibía dar ni recibir dinero prestado, poseer granjas, hacer visitas, asistir a desposorios y bautizos, admitir presentes de los negociantes, recibir dádivas de ninguna especie, tomar parte en diversiones y juegos, y estas prohibiciones hacíanse extensivas a sus hijos. Todo un libro (2-16) de la *Recopilación de Leyes de Indias* trata de los presidentes y oidores de Audiencias y cancillerías. Acaso las dos más importantes prohibiciones eran la de poseer bienes y la de casarse con una persona de la colonia. Cuando, por licencia del rey, los oidores conseguían autorización para contraer matrimonio, por lo general se les trasladaba a otra Audiencia. Para que no sufrieran la tentación de dejarse sobornar, los oidores de Audiencia percibían un sueldo que les ponía al abrigo de todas las nece-



Equidos y bóvidos en las praderas americanas. Aunque la atención económica de los españoles se dirigió casi por completo a la minería, la ganadería, por la fácil adaptación de las especies europeas al clima de América, constituyó la segunda fuente de riqueza.

sidades y ascendían por traslado, según sus méritos. De las Audiencias de menor categoría pasaban a las de México, Santa Fe y Lima, acabando por ser especialistas técnicos con gran experiencia. Aquel régimen de un funcionario responsable con autoridad ilimitada y un Consejo fiscalizador, o Audiencia, se aplicó en América no sólo para el gobierno de vastas colonias, como México o el Perú, sino también para determinados territorios incluidos en la colonia. Como el rey delegaba su autoridad en el virrey, este último, a su vez, delegaba su autoridad en un gobernador, asistido también de una Audiencia.

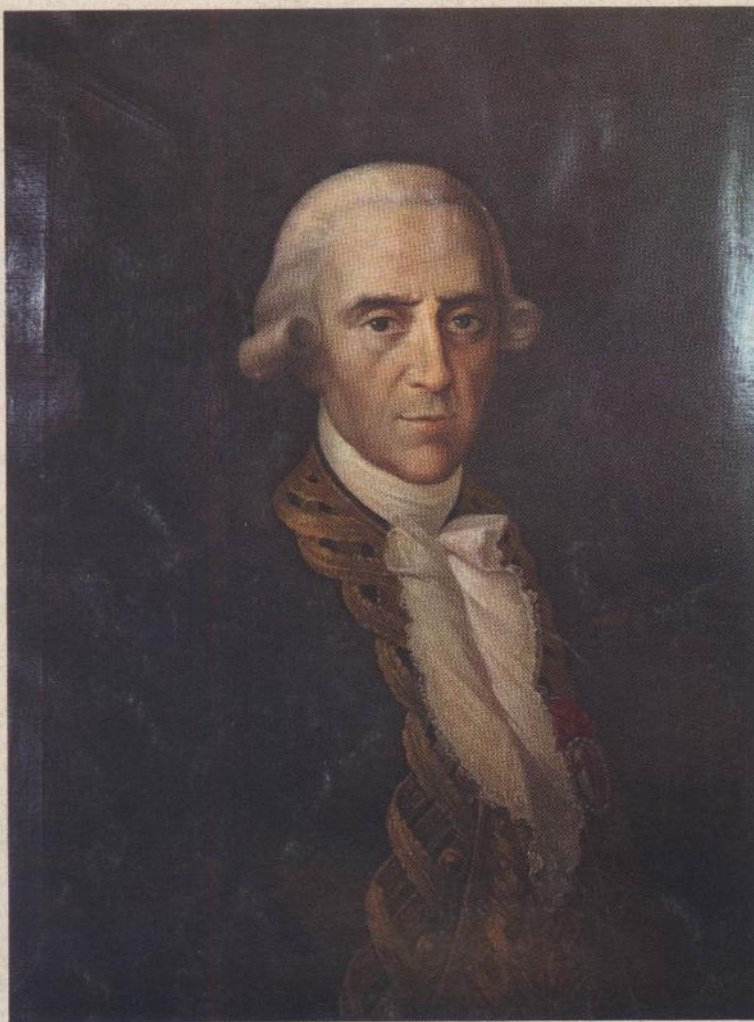
El lector avisado habrá podido observar que, a pesar de la simpatía que reflejan los párrafos anteriores por el régimen colonial español, no hemos podido mencionar un solo instrumento de gobierno que naciera de la colonia misma. Tanto el virrey como los oidores que componían la Audiencia eran enviados desde España. Además, el poder legislativo radicaba en España; los césares (Carlos V y Felipe II) no habían creído prudente desprenderse de esta potestad de dictar ellos mismos las leyes de las Indias.

El cuerpo legislador de América fue creado por el emperador en agosto de 1524. Se componía de un presidente, ocho consejeros, un fiscal y dos secretarios. Todos ellos eran nombrados por la corona, que escogía personas capaces: ex virreyes, obispos que habían residido en América y oidores de Audiencia retirados, dignos de este mere-



cimiento por su saber y experiencia. Este cuerpo legislador se llamaba Consejo de Indias y, aunque su residencia oficial era la ciudad de Sevilla, debía hallarse siempre cercano a la majestad real para informarla cumplidamente en casos urgentes. El Consejo de Indias proponía, además de la legislación, los altos funcionarios de las colonias.

En cuanto a las estructuras económicas, en el capítulo anterior vimos como las posesiones españolas alcanzaban prácticamente



Antonio de Ulloa (Archivo de Indias, Sevilla), el marino y geógrafo español que, en unión de Jorge Juan, acompañó a La Condamine en la labor de medir un grado del meridiano. Reconoció también las costas de Chile. Como resultado de estas expediciones publicó "Relación histórica del viaje a la América Meridional".

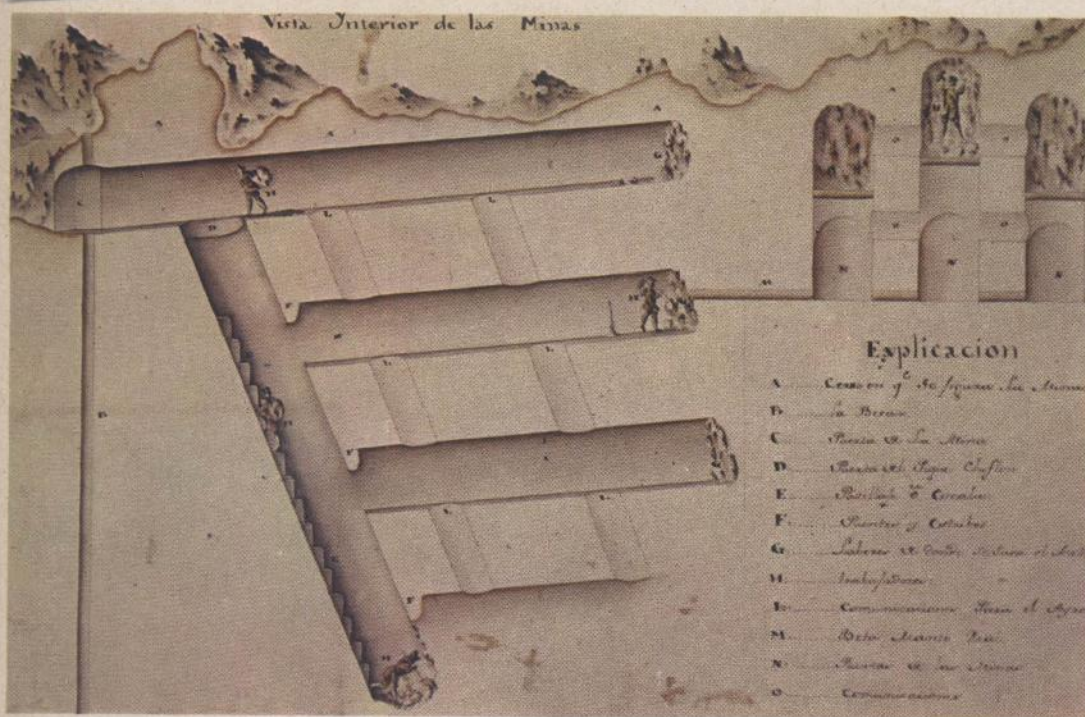
Caza de la perdiz por gauchos en la Pampa argentina (grabado de la expedición Malaspina; Museo Naval, Madrid). El gaucho fue en un principio un mestizo de español e indio dedicado a la ganadería.



toda su extensión en menos de cincuenta años. La magnitud de las distancias es tan grande que toda la estructura económica estará supeditada a las posibilidades de transporte. El único transporte posible, a larga distancia, está representado por las comunicaciones marítimas. Este hecho produce dos condicionamientos inmediatos. En primer lugar, los objetos de comercio deberán ser de un elevado precio en relación a su peso. En caso contrario, el costo del transporte haría antieconómica toda operación. En segundo lugar, la creación de un sistema de comunicaciones a larga distancia exige un desembolso cuantioso, que sólo las explotaciones económicas con beneficios a corto plazo podían proporcionar. Así vemos que las exigencias económicas se reúnen a la ambición de los españoles para polarizar su actividad en una dirección: la explotación de las reservas de minerales preciosos americanos.

Cuando se agotó, por cierto que en poquísimos años, el oro en poder de los indios, fruto de la acumulación de objetos preciosos durante generaciones, y el de procedencia aluvial, se dio paso a las explotaciones mineras.

La producción de oro de la América española durante el primer siglo y medio se cifra en unas 300 toneladas. De ellas treinta o cuarenta pertenecen al primer ciclo, provienen de la acumulación realizada por los



Plano del interior de una mina peruana (documentación del virrey Amat—siglo XVIII—; Biblioteca Central, Barcelona). La economía americana estuvo enfocada principalmente, durante la época colonial, hacia las industrias extractivas, sobre todo de metales preciosos.

indios o son de origen fluvial. Terminada esta primera época por los años 30 del siglo XVI, se pasó a la explotación de minas. Las primeras importantes fueron las de Buritica, en el valle de Cauca. Cartagena de Indias fue su puerto de exportación y el lugar donde descargaban el mercurio, necesario para la metalurgia, importado desde la península o desde más lejos todavía. La crisis de esta explotación, tenazmente mantenida, se producirá a principios del siglo XVII, debido al agotamiento de los filones y a la escasez de la mano de obra.

La explotación de las minas de plata proporcionó beneficios siete u ocho veces superiores al del oro. De aquí que la relación entre el valor de la plata y del oro, que en Europa se había mantenido en la proporción 10/1 durante la Edad Media, alcanzase en España en 1650 la proporción 15/1.

La primera plata americana proviene de México. Pero en el último tercio del siglo XVI será superada por la producción del Perú, hasta fines del siglo XVIII, en que de nuevo las minas de Nueva España superarán a las andinas hasta cuadruplicar su producción.

Las primeras minas explotadas en México por los españoles fueron las de Sinaloa. Se empleaba para la obtención de la plata el procedimiento de la fusión, de escaso rendimiento. La puesta en marcha de las minas de Zacatecas y de San Luis Potosí señala un avance considerable, facilitado por la aplicación de las técnicas de la amalgama, hacia 1560.

Las consecuencias que tuvieron para México la explotación de las minas de plata fueron muy importantes. Los yacimientos estaban situados fuera del México húmedo, fuera del habitat de los aztecas. La marcha hacia los desiertos del Noroeste en busca de la plata producirá, a largo plazo, el encuentro entre los mexicanos y los colonos anglosajones, llegados desde el Este, en tierras de California.

EL GALEON DE MANILA

Anexionadas en 1564 por López de Legazpi, las islas Filipinas, enclavadas en la parte del mundo reservada, según el tratado de Tordesillas, a Portugal y rodeadas por los establecimientos comerciales de esta nación, no tuvieron más comunicación con el resto del Imperio hispánico que la larguísima travesía del Pacífico, hasta México. La expedición de Legazpi había salido de Nueva España y la nueva colonia quedó hasta fines del siglo XVIII vinculada a aquel virreinato.

La única comunicación con América, e indirectamente con la metrópoli, la constituyeron los dos galeones que, con ritmo anual, atravesaban el Pacífico, uno de Acapulco a Manila, siguiendo la ruta de Legazpi (línea de los 10° N), y otro de Manila a Acapulco, siguiendo el camino mucho más largo marcado por los alisos y el Kuro-Shiwo, esto es, bordeando las costas japonesas y atravesando el océa-

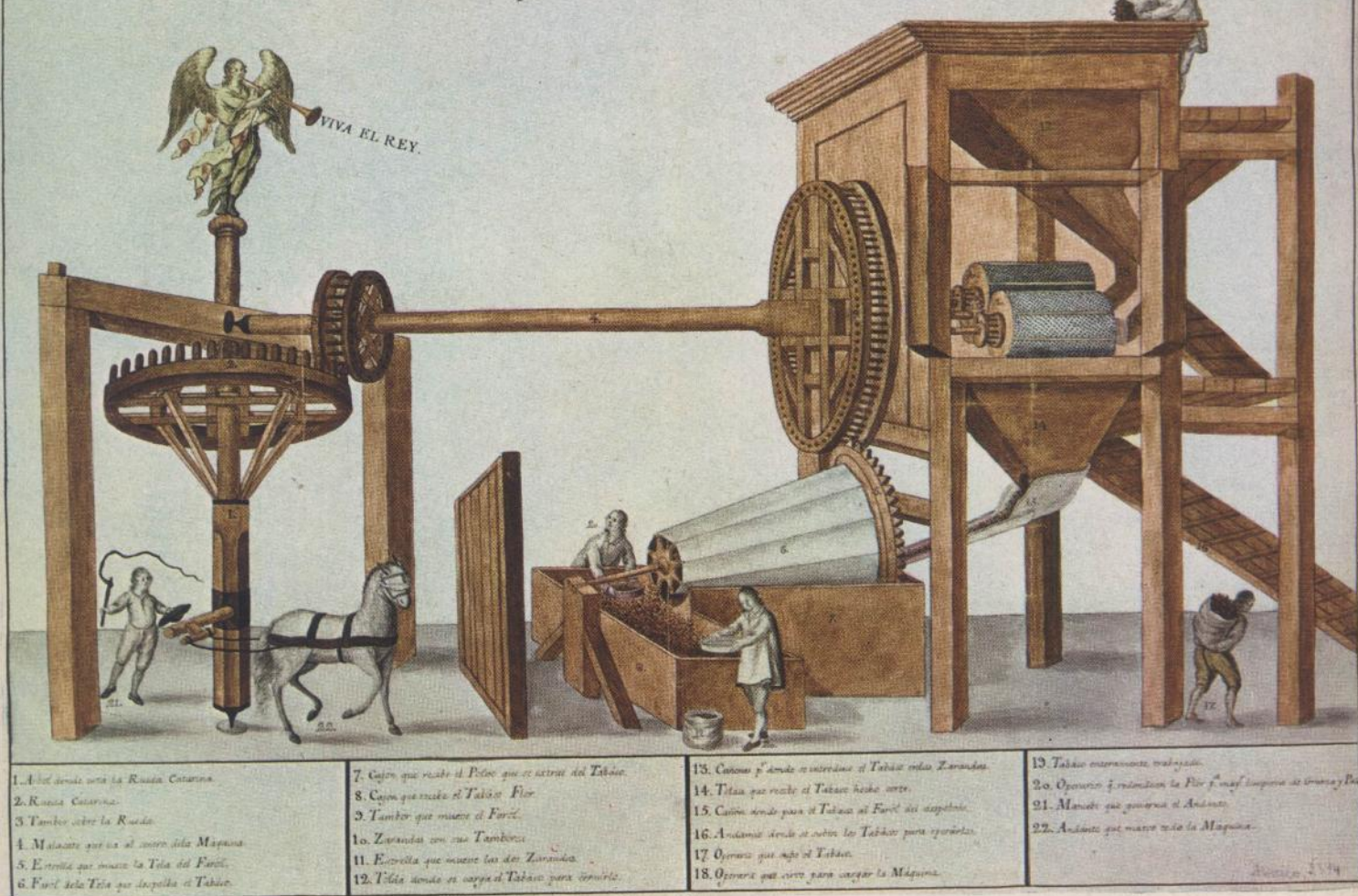
no por encima de los 40° N para llegar a las costas de California. Estrangulado por las excesivas medidas restrictivas establecidas por el monopolio español, este difícil comercio se convirtió pronto en uno de los más lucrativos del Imperio, con el desarrollo de un contrabando favorecido por la lejanía de la metrópoli.

La llegada del galeón de Manila a Acapulco señalaba el comienzo de la "feria", el mercado mejor surtido de América, donde tenían entrada los productos de lujo oriental: porcelanas, perfumes, lacas, alcanfor y, sobre todo, seda. A cambio, América aportaba plata.

Las más importantes consecuencias de este tráfico, prohibido reiteradamente sin efecto, fueron: la ruina de la naciente industria sedera mexicana y la desviación de una parte de la producción de las minas americanas.

R. G.

Vista de una Máquina, para cernir Tabáco en la R.¹ Fabrica de Sigarr^s



Máquina de cerner tabaco de la fábrica de tabacos de México (Archivo General de Indias, Sevilla).

La explotación de las minas del Perú, en contraste con las mexicanas, cuenta con una mano de obra muy abundante. El Potosí se encuentra en una zona densamente poblada y la aplicación del régimen de trabajo forzoso, de la antigua mita inca, proporciona a los españoles los recursos humanos necesarios. Las condiciones de trabajo eran durísimas. A los inconvenientes debidos a la altitud (3.000 a 4.500 m), se suman los

bruscos contrastes de temperatura y la escasa alimentación. En Huancavélica, donde se obtiene mercurio, a los inconvenientes citados se unen las emanaciones venenosas propias de este tipo de explotaciones. La decadencia de las minas está relacionada con la huida de los mitayos, incapaces de resistir estas condiciones. Pero antes, el Potosí pasará por una época de esplendor, llegará a contar, a mediados del siglo XVI, con 160.000 habitantes y a financiar el desarrollo de Lima, la más lujosa de las capitales coloniales.

La minería constituyó la primera actividad económica colonial, pero no la única. La ganadería y la agricultura, aunque con un ritmo distinto, se desarrollaron también en las Indias. La ganadería en primer lugar, ya que los animales domésticos europeos se adaptaron con gran facilidad y se reprodujeron rápidamente, realizando su "conquista de América".

En cambio, las actividades industriales tuvieron escaso desarrollo, debido a la dis-



Cerámica virreinal del estado de Guerrero (México).

tribución de trabajo entre las colonias y la metrópoli, que reservaba a ésta la producción de productos manufacturados.

La política económica de la corona obedecía a un criterio monopolístico. Desde los tiempos del descubrimiento, en que las ventajas económicas estaban reservadas a los monarcas y a Colón, este criterio sólo se abandonó por la fuerza de las circunstancias. Durante el siglo XVI se amplió el número de los que podían beneficiarse del comercio americano: "En teoría, el monopolio del rey dio paso al de su reino, es decir, de todos los súbditos de la corona de Castilla, pero en realidad sólo un grupo reducido de ellos —los cargadores de Indias, mercaderes residentes en Sevilla— fue titular único y gran beneficiario de dicho monopolio, a consecuencia del régimen de puerto único, pronto establecido para hacer la totalidad del tráfico ultramarino. La centralización del comercio indiano en Sevilla tuvo motivaciones poderosas..., pero ante todo el puerto único se establece para vigilar las importaciones de metales preciosos y evitar su salida al extranjero" (G. Céspedes).

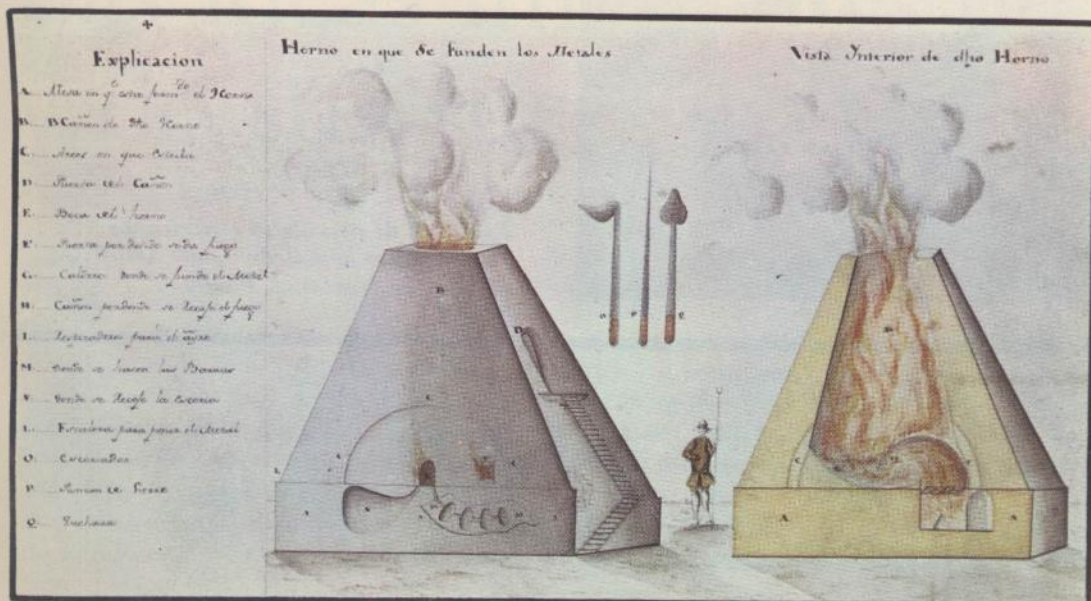
Este sistema económico se prolongó a lo largo del siglo siguiente, a pesar de que de hecho el monopolio fue roto mediante el contrabando, posible desde el momento en que la península era incapaz de abastecer todo el mercado americano y, desde luego, no podía competir con los precios de las manufacturas extranjeras.

Durante el siglo XVIII se produjo una progresiva liberalización del régimen monopolístico, que tuvo como consecuencia el boom económico y la regionalización. En conjunto, pues, puede afirmarse que la eco-



Primer trapiche de azúcar establecido en San Miguel de Tucumán (República Argentina).

nomía del Imperio español en América estuvo polarizada por una actividad económica y una aspiración política. La explotación de los metales preciosos y el deseo de garantizar en exclusiva su posesión, y el comercio que de ellos se derivaba a la corona castellana, o a lo sumo a sus súbditos, fueron las características que marcaron no sólo el desarrollo de los países de las Indias, sino también la propia historia de España.



Vista exterior e interior de un horno para fundir metales (documentación del virrey Amat —siglo XVIII—; Biblioteca Central, Barcelona).

BIBLIOGRAFIA

Alcázar, C.	<i>Los virreinos en el siglo XVIII</i> , Barcelona, 1945.
Altamira, R.	<i>Elementos de la civilización y del carácter españoles</i> , Buenos Aires, 1950. •
Carande, R.	<i>Carlos V y sus banqueros</i> (3 vols.), Madrid, 1943-1967.
Céspedes del Castillo, G.	<i>Las Indias durante los siglos XVI y XVII</i> , en "Historia social y económica de España y América", dirigida por J. Vicens Vives, III, Barcelona, 1957.
Esteve Barba, F.	<i>Cultura virreinal</i> , Barcelona, 1965.
García Gallo, A.	<i>Los orígenes de la administración territorial de las Indias</i> , Madrid, 1948.
Hamilton, E.	<i>El florecimiento del capitalismo y otros ensayos de historia económica</i> , Madrid, 1948.
Hanke, L.	<i>La lucha por la justicia en la conquista de América</i> , Madrid, 1959.
Henríquez Ureña, P.	<i>Historia de la cultura en la América hispana</i> , México, 1955.
Ots Capdequí, J. M.	<i>Instituciones</i> , Barcelona, 1959.
Pereyra, C.	<i>Breve historia de América</i> (4.ª ed.), Madrid, 1948.
Ramos, D.	<i>Historia de la colonización española en América</i> , Madrid, 1947.
Zavala, S.	<i>Programa de Historia de América en la época colonial</i> , México, 1961.



Embarco de productos americanos en un puerto brasileño —siglo XVIII— (Biblioteca Nacional, París).